

# LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

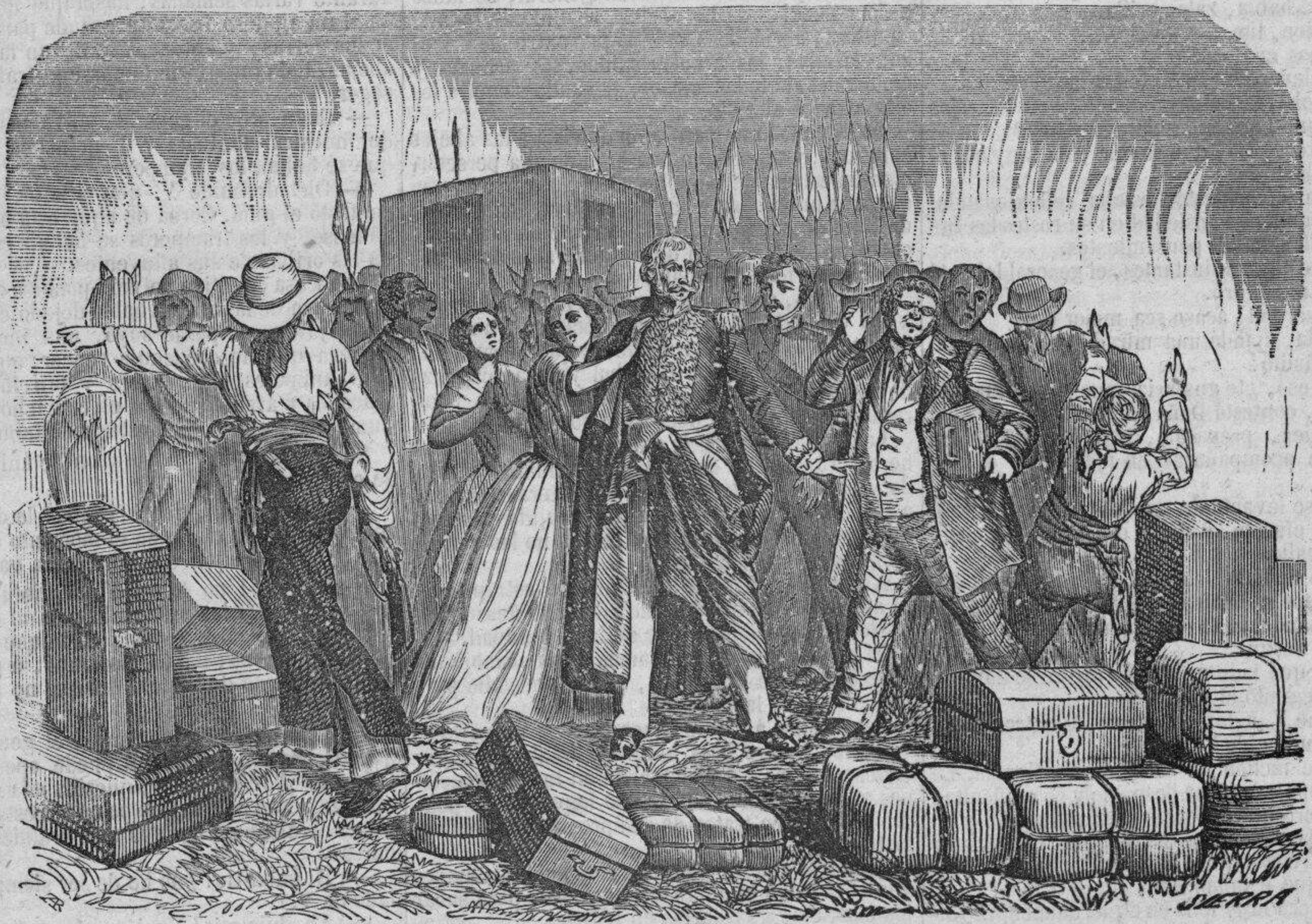
PRECIOS : EN MADRID,  
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. . . . . 3 reales.  
Seis meses. . . . . 15 »  
Un año. . . . . 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.  
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,  
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. . . . . 12 reales.  
Seis meses. . . . . 21 »  
Un año. . . . . 38 »



El incendio adquiria proporciones imponentes.

## LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 5.º)

XII.

LA CAZA DE LAS ABEJAS.

Apenas se alzaba el sol en el horizonte cuando el general, cuyo caballo estaba ya ensillado, salió de la choza de cañas que le servía de dormitorio y se dispuso para marchar. En el momento en que iba a poner el pie en el estribo, una mano linda y delicada levantó la cortina de la tienda y apareció Doña Luz.

—¡Hola! ¡hola! levantada ya, dijo el general sonriendo; me alegro, hija mía; de ese modo podré besarte antes de marchar, y eso podrá acarrearle felicidad, añadió ahogando un suspiro.

—No marchará V. así, tío, contestó Doña Luz presentándole su frente en la cual estampó él un beso paternal.

—¿Por qué, señorita? preguntó alegremente el general.

—Porque le he preparado á V. un refrigerio, que quiero que tome antes de montar á caballo. No me negará V. ese favor, ¿no es verdad, mi buen tío? dijo la jóven con esa sonrisa zalamera de los niños mimados, que regocija el corazón de los ancianos.

—No por cierto, hija querida; pero será con la condición de que el almuerzo que me ofreces tan cariñosamente no se haga espesar mucho, pues tengo prisa.

—Solo pido á V. algunos minutos, contestó Doña Luz entrando en la tienda.

—¡Vaya por algunos minutos! dijo el general siguiéndola.

La jóven batió las palmas llena de alegría.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo dispuesto el almuerzo, y el general se sentó á la mesa con su sobrina.

La jóven, al paso que servía á su tío y cuidaba

de que nada le faltase, le miraba de reojo con cierta espresion de embarazo, y esto con tal afectacion que el viejo militar concluyó por reparar en ello.

—Veamos, dijo parándose y mirándola: algo tienes tú que pedirme, Lucita; ya sabes que no acostumbro á negarte cosa alguna.

—Es verdad, tío; pero esta vez temo que sea difícil convencer á V.

—¡Hola! dijo alegremente el general; según eso, ¿tan grave es el asunto?

—Al contrario, tío; y sin embargo, temo que me lo niegue V.

—Dilo de todos modos, hija mía, contestó el viejo militar, habla sin temor; cuando me hayas dicho de qué se trata, te contestaré.

—Pues bien, tío, repuso la jóven ruborizándose; pero decidiéndose á hablar, confieso á V. que la residencia en el campamento es muy poco agradable.

—Comprendo eso perfectamente, hija mía; pero ¿qué quieres que yo le haga?

—Puede V. hacerlo todo.

—¿Cómo así?



—Mire V., tío, si estuviese V. aquí, nada me importaría, pues le tendría a mi lado.

—Lo que me estás diciendo es muy lisonjero; pero ya sabes que, puesto que me ausento todas las mañanas, no puedo estar aquí.....

—Hé ahí justamente en lo que estriba la dificultad.

—Es cierto.

—Pero si V quisiese, fácilmente la venceríamos.

—¿Lo crees así?

—Estoy segura de ello.

—No veo cómo. A no ser que yo me quede a tu lado, lo cual es imposible.....

—¡Oh! hay otro medio que lo arregla todo.

—¡Calle!.....

—Sí, tío, y muy sencillo, créame V.

—¡Hola! hola! ¿Y cuál es ese medio, querida mía?

—¿No me reñirá V., tío?

—¡Loca! ¿Te riño yo alguna vez?

—Es verdad, ¡es V. tan bueno para mí!

—Vamos, habla, zalamerilla.

—Pues bien, tío, ese medio.....

—¿Veamos cuál es?

—El de llevarme con V. todas las mañanas.

—¡Oh! oh! exclamó el general, cuyas cejas se fruncieron: ¿qué me pides, hija mía?

—Me parece, tío, que es una cosa muy natural y sencilla.

El general no contestó: estaba reflexionando. La jóven seguía con ansiedad en su rostro las fugitivas huellas de sus pensamientos.

Al cabo de algunos instantes, el general levantó la cabeza y murmuró.

—¡A la verdad, acaso sea mejor eso!

En seguida, fijando una mirada penetrante en la jóven, añadió:

—Segun eso, ¿te gustaria mucho ir conmigo?

—Sí, tío, contestó Doña Luz.

—Pues bien, prepárate, hija querida; en lo sucesivo me acompañarás en todas mis escursiones.

La jóven se levantó de un salto, abrazó y besó a su tío con efusion, y dió la orden de que ensillasen su caballo.

Un cuarto de hora despues, doña Luz y su tío, precedidos por el Hablador, y seguidos de dos lanceros, abandonaban el campamento y se internaban en el bosque.

—¿Hacia qué lado quiere V. dirigirse hoy, mi general? preguntó el guía.

—Lléveme V. a las chozas de esos tramperos de quienes me habló V. ayer.

El guía se inclinó en señal de obediencia. La reducida tropa avanzaba despacio y con dificultad por un sendero que apenas estaba trazado, y en el que a cada paso se enredaban los caballos en las plantas trepadoras, ó tropezaban en las raíces de árboles que estaban a flor de tierra.

Doña Luz era muy feliz en aquel momento. Quizás en aquellas escursiones encontraría a Corazon Leal.

El Hablador, que caminaba delante a cierta distancia, lanzó de pronto un grito.

—¡Eh! dijo el general, ¿qué cosa tan extraordinaria ocurre, señor Hablador, para que juzgue V. conveniente hablar?

—Que hay aquí abejas.

—¿Cómo abejas? ¿Es posible que las haya por estos sitios?

—¡Oh! hace poco tiempo todavía.

—¿Cómo es eso, de poco tiempo a esta parte?

—Sí, ya sabe V. que las abejas fueron traídas a América por los blancos.

—Es verdad. Pero entonces, ¿cómo se encuentran aquí?

—De la manera mas sencilla. Las abejas son los centinelas avanzados de los blancos: a medida que estos penetran en el interior de América, las abejas marchan delante de ellos para trazarles el camino e indicaries los desmontes. Su aparicion en una comarca de habitada presagia siempre la llegada de una colonia de desmontadores ó de *squatters*.

—¡Es singular! murmuró el general; ¿y está V. seguro de lo que me dice?

—¡Oh! muy seguro: ese hecho es conocido de

todos los Indios, que nunca se equivocan, créalo V.; pues a medida que ven llegar las abejas, van ellos retirándose.

—¡Es verdaderamente singular!

Esa miel debe ser buena, dijo doña Luz.

—Escelente, señorita, y si lo desea V., nada hay mas fácil que apoderarnos de ella.

—Hágalo V., dijo el general.

El guía, que hacia algun tiempo que habia puesto sobre un arbusto cebo para las abejas, de las que con su mirada penetrante habia visto volar algunas por en medio de los matorrales, hizo una seña a los que le seguian para que se detuviesen.

En efecto, las abejas se habian parado en el cebo y le exploraban en todos sentidos; cuando hubieron hecho su provision, se elevaron a grande altura por el aire, y luego emprendieron su vuelo en linea recta, con una velocidad igual a la de una bala.

El guía examinó atentamente la direccion que llevaban, y haciendo seña al general, se lanzó en persecucion de las abejas, seguido de toda la comitiva, abriéndose camino por entre las raíces entrelazadas, los árboles caidos, los arbustos y matorrales de todas clases, llevando siempre los ojos alzados al cielo.

De este modo no perdieron de vista a las abejas cargadas, y al cabo de una hora de una persecucion en extremo difícil, las vieron pararse en una colmena practicada en el hueco de un ébano seco; despues de haber zumbado durante un momento, entraron las abejas en un agujero situado a mas de ochenta piés del suelo.

Entonces, el guía, despues de haber advertido a sus compañeros que permaneciesen a una distancia respetuosa, con el fin de que se pusiesen a cubierto de la caída del árbol y de la venganza de sus habitantes, cogió su hacha y atacó vigorosamente al tronco del ébano por su base.

Las abejas no parecia que se asustaban en manera alguna de los hachazos; continuaban entrando y saliendo, entregándose con entera seguridad a sus industriosos trabajos. Un crujido violento que anunció la rotura del tronco, no las retrajo tampoco de su ocupacion.

Al fin cayó el árbol con horrible estrépito, y se abrió en toda su longitud, dejando descubiertos los acumulados tesoros de la comunidad.

El guía cogió inmediatamente un manojo de heno que habia preparado, y que encendió para defenderse de las abejas.

Pero estas a nadie atacaron; no procuraron vengarse. Los pobres animales estaban estupefactos; corrian y revoloteaban en todas direcciones alrededor de su destruido imperio, sin pensar mas que en tratar de comprender aquella catastrofe.

Entonces el guía y los lanceros pusieron manos a la obra, con cucharas y machetes, para sacar los panales y guardarlos en pellejos.

Muchos de ellos eran de un color pardo oscuro, y hacia tiempo que estaban fabricados; otros presentaban una blancura hermosa, y la miel de las celditas estaba muy clara y limpia.

Mientras se apresuraban a apoderarse de los mejores panales, de todos los puntos del horizonte llegaron apresuradamente innumerables enjambres de moscas de miel, que se introdujeron en las celdas de los panales rotos, en donde se cargaron de dulce líquido, mientras que las ex-propietarias de la colmena, tristes y atontadas, miraban el saqueo de su miel sin tratar de salvar el menor átomo de ella.

Imposible seria describir el estupor que se apoderaba de las abejas ausentes a medida que iban llegando con su carga de zumo de las flores; describian circulos en el aire en torno del sitio que antes ocupaba el árbol, sorprendidas de hallarle vacío; luego parecia que comprendian, por fin, su desastre, y se reunian en grupos en una rama seca de un árbol inmediato, y desde allí parecia que contemplaban la caída ruina, y se lamentaban de la destruccion de su imperio.

Doña Luz se sintió conmovida, a pesar suyo, por el sentimiento de aquellos pobres insectos.

—Vamos, dijo, me arrepiento de haber deseado miel; mi golosina hace muchos desgraciados.

—Partamos, dijo el general sonriendo, dejémosles esos pocos panales.

—¡Oh! dijo el guía encogiéndose de hombros pronto se los llevarán las alimañas.

—¿Cómo es eso? ¿De qué alimañas habla V.?

—¡Oh! de los coatis, las maritacacas, y sobre todo los osos.

—¿Los osos? dijo doña Luz.

—¡Oh! señorita, repuso el guía, son los animales mas diestros que puede imaginarse para descubrir un árbol de abejas y sacar partido de él.

—Segun eso, ¿les gusta la miel? preguntó la jóven con viva curiosidad.

—Son ciegos por ese manjar, señorita, repuso el guía, quien parecia que se hallaba en uno de sus muy escasos momentos de expansion. Figúrese V. que son tan golosos, que roen un árbol durante varias semanas, hasta que logran hacer en él un agujero bastante grande para meter en él sus garras, y entonces se llevan la miel y las abejas, todo junto, sin tomarse el trabajo de recoger.

—Ahora, dijo el general, volvamos a emprender nuestra caminata y dirijámonos al sitio en que se hallan los tramperos.

—¡Oh! descuide V. que pronto llegaremos contestó el guía. Cerca de aquí está el gran Canadense, y los tramperos se hallan establecidos en las orillas de sus afluyentes.

La escasa comitiva volvió a ponerse en marcha.

La caza de las abejas habia dejado en el ánimo de la jóven, a pesar suyo, una impresion de tristeza que no conseguia vencer: aquellos pobres animales, tan dulces y tan industriosos atacados y arruinados por un capricho, la apesadumbraban y la hacian estar meditabunda.

Su tío observó la disposicion de ánimo en que se encontraba.

—¿Qué te pasa, querida niña? le dijo, ya estas tan alegre como en el momento de tu partida: ¿de dónde procede tan brusca variacion?

—¡Ah, tío! no tenga V. inquietud por eso soy como todas las muchachas de mi edad, algo loca y fantástica. Esa caza, en la que tanto placer me prometia, me ha inspirado, a pesar mio, un sentimiento de tristeza del que no puedo desprenderme.

—¡Feliz criatura, murmuró el general, a la que un motivo tan pueril puede apesadumbrar todavía! ¡Permita Dios, querida mía, que permanezcas aun mucho tiempo en ese estado, y que nunca te alcancen dolores mas grandes y verdaderos!

—¡Mi buen tío! ¿no he de ser siempre feliz al lado de V.?

—¡Ah, hija mía! ¿quién sabe si Dios me permitirá velar mucho tiempo por tu felicidad?

—No diga V. eso, tío; espero que aun me queden muchos años de estar juntos.

El general solo contestó con un suspiro.

—Tío, repuso la jóven al cabo de un momento, ¿no le parece a V. que el aspecto de la naturaleza grandiosa y sublime que nos rodea, tiene algo que entusiasma y ennoblece las ideas, que eleva el alma y hace que el hombre sea mejor? ¡Cuán felices deben ser los que viven en estas soledades sin limites!

El general la miró con extrañeza.

—¿Cómo tienes esos pensamientos, hija mía? le preguntó.

—No lo sé, tío, contestó la jóven con timidez solo soy una muchacha ignorante, cuya existencia, tan breve todavía, ha trascurrido hasta ahora dulce y apacible al lado de V. Pues bien, hay momentos en que me parece que seria feliz viviendo en estos vastos desiertos.

El general, sorprendido y aun satisfecho interiormente al ver la cándida franqueza de su sobrina, se disponia a contestar, cuando el guía, acercándose de improviso, hizo una seña para imponer silencio, y dijo con voz muy ténue:

—¡Un hombre!.....



## XIV.

## EL ALCE NEGRO.

Todos se detuvieron.

En el desierto, esa frase: «Un hombre» significa casi siempre un enemigo.

En la pradera, el hombre teme más a su semejante que a la fiera más feroz.

Un hombre es un competidor, un asociado impuesto, que por el derecho del más fuerte va a compartir el terreno con el primero que le ocupaba, y que con frecuencia, por no decir siempre, procura arrebatarse el fruto de sus duras e ingratas faenas.

Por eso, los blancos, los indios o los mestizos, cuando se encuentran en la pradera, se saludan siempre con el ojo alerta, el oído atento y el dedo en el gatillo de su rifle.

A la voz de «un hombre», el general y los lanceros, por lo que pudiese suceder, se habían preparado contra un ataque repentino, montando sus carabinas y guareciéndose lo mejor posible detrás de los arbustos.

A cincuenta pasos delante de ellos estaba un individuo que, con la culata de su largo rifle descansando en el suelo, y las dos manos apoyadas en la boca del cañón, los miraba atentamente.

Era un hombre de elevada estatura, de facciones enérgicas, de mirada franca y resuelta.

Su larga cabellera, arreglada con esmero, estaba trenzada y mezclada con tiras de piel de nutria y cintas de varios colores.

Una blusa de caza, de cuero labrado, le bajaba hasta las rodillas; polainas de un corte extraño, adornadas con cordones, franjas y numerosos cascabelillos, rodeaban sus piernas; su calzado se componía de un par de soberbios mocasines, bordados con perlas falsas.

Una manta escarlata le colgaba de los hombros y estaba sujeta en la cintura por una faja encarnada en la que se veían dos pistolas, un cuchillo y una pipa india.

Su rifle estaba lujosamente adornado con bermellón y con clavitos de cobre.

A pocos pasos de él se veía un caballo comiendo bellotas.

Lo mismo que su dueño, estaba aparejado de la manera más fantástica, pintado con manchas y rayas de bermellón, con las riendas y la baticola adornadas con perlas falsas; su cabeza, su crin y su cola se veían abundantemente decoradas con plumas de águila que flotaban a merced del viento.

Al ver a aquel personaje, el general no pudo contener un grito de sorpresa.

—¿A qué tribu india pertenece ese hombre? preguntó al guía.

—A ninguna, contestó este.

—¿Cómo es eso?

—No, es un trampero blanco.

—¿Vestido de ese modo?

El guía se encogió de hombros y dijo:

—Estamos en las praderas.

—Es verdad, murmuró el general.

Sin embargo, el individuo a quien hemos descrito, cansado, sin duda, de la vacilación de la reducida caravana que estaba en frente de él, y deseando saber a qué atenerse respecto de los que la componían, tomó resueltamente la palabra.

—¡Eh! eh! dijo en inglés, ¿quién diablos sois vosotros, y qué venís a buscar aquí?

—¡Caramba! contestó el general echando atrás su carabina y ordenando a sus acompañantes que hiciesen otro tanto, somos unos viajeros cansados por una caminata algo larga; el sol calienta mucho, y pedimos a V. autorización para descansar algunos momentos en su rancho.

Habiendo sido pronunciadas estas palabras en español, el trampero contestó en la misma lengua.

Acérquense sin temor, que el Alce Negro es un buen diablo cuando no tratan de fastidiarle; participarán VV. de lo poco que poseo, y buen provecho les haga.

Al oír el nombre del Alce Negro, el guía no pudo reprimir un movimiento de espanto, y aun

quiso decir algunas palabras; pero no tuvo tiempo para ello, porque el cazador, echándose el rifle al hombro y montando a caballo de un salto, se había adelantado al encuentro de los Mejicanos, a cuyo lado se encontraba ya.

—Mi rancho dista pocos pasos de aquí, dijo al general, y si la señorita quiere probar una loncha de bisonte bien condimentada, puedo hacerle ese obsequio.

Doy a V. gracias, caballero, contestó la joven sonriendo; pero confieso que en este momento lo que más necesito es disfrutar algún descanso.

—Cada cosa vendrá a su tiempo, dijo el trampero sentenciosamente; permítame V. que por algunos momentos sustituya a su guía.

—Estamos en un todo a las órdenes de V., dijo el general; ande V. y le seguiremos.

—Pues en marcha, dijo el trampero colocándose a la cabeza del reducido grupo.

En aquel momento se fijaron casualmente sus ojos en el guía, y sus pobladas cejas se frunció.

—¡Calle! murmuró entre dientes: ¿qué significa esto? ¡Allá veremos!

Y sin que aparentase volver a cuidarse de aquel hombre ni conocerle, dió la señal de la marcha.

Después de haber caminado durante algún tiempo silenciosamente por la orilla de un riachuelo bastante ancho, el trampero describió un rodeo brusco y se alejó súbitamente del riachuelo, volviendo a internarse en el bosque.

—Ruego a VV. me perdonen si les obligo a dar este rodeo, dijo; pero hay aquí cerca un estanque de castores y temo asustarlos.

—¡Oh! exclamó la joven, ¿cómo me gustaría ver trabajar a tan industriosos animales!

El trampero se detuvo.

—Nada más fácil, señorita, dijo, si quiere V. seguirme mientras sus compañeros se quedan aquí aguardándonos.

—¡Sí! sí! contestó doña Luz apresuradamente; pero luego, deteniéndose de improviso, dijo: ¡Oh! perdóneme V., ¡tío!

El general fijó una mirada en el cazador.

—Vé, hija mía, dijo, que te aguardaremos aquí.

—Gracias, tío, dijo la joven alegremente apeándose con ligereza del caballo,

—Respondo a V. de ella, dijo el trampero con ruda franqueza; nada tema V.

—Nada temo al confiársela a V., amigo mío, replicó el general.

—¡Gracias! dijo el Alce Negro, y haciendo una seña a doña Luz, desapareció con ella en medio de los matorrales y los árboles.

Cuando hubieron llegado a cierta distancia, el trampero se detuvo. Después de haber escuchado atentamente y mirado a todas partes, se inclinó hacia la joven, apoyó levemente la mano en su brazo derecho y dijo:

—Escuche V.

Doña Luz se detuvo, inquieta y trémula.

El trampero observó su agitación.

—No tenga V. temor alguno, repuso; soy un hombre honrado, y está V. tan segura aquí, sola conmigo, en este desierto, como si se hallase en la catedral de Méjico, al pie del altar mayor.

La joven dirigió una mirada con disimulo al trampero; no obstante su extraño traje, su semblante tenía tal expresión de franqueza, su mirada era tan dulce y serena, que Doña Luz se sintió completamente tranquila.

—Hable V., dijo.

—Pertenece V., repuso el trampero, ahora lo conozco, a esa partida de extranjeros que están explorando las praderas, hace algunos días, en todas direcciones, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entre VV. se halla una especie de loco que lleva anteojos azules, una peluca rubia, y que se entretiene, no sé por qué, en hacer una provisión de yerbas y de piedrecitas, en vez de procurar, como buen cazador, coger con trampa a algún castor o matar algún gamo.

—Conozco al hombre de quien habla V.: en efecto, forma parte de nuestra comitiva; es un médico muy instruido.

—Lo sé, me lo ha dicho; viene con frecuencia hacia este lado y somos buenos amigos. Por medio de unos polvos que me obligó a tomar, me cortó completamente unas calcaduras que hacia dos meses que me estaban atormentando, y de las que no podía curarme.

—Tanto mejor; celebro en extremo ese buen resultado.

—Quisiera yo hacer algo por V., a fin de mostrar mi gratitud por aquel favor.

—Gracias, amigo mío; pero no sé en qué pueda V. serme útil, a no ser en llevarme a ver a los castores.

El trampero movió la cabeza a uno y otro lado.

—Quizás pueda servir para otra cosa, dijo, y más pronto de lo que V. imagina. Escúcheme V. atentamente, señorita: solo soy un pobre hombre; pero aquí, en las praderas, sabemos muchas cosas que Dios nos revela, porque vivimos solos con él. Voy a dar a V. un buen consejo: ese hombre que les sirve de guía es un pícaro redomado, y como tal, se le conoce en todas las praderas del Oeste. O mucho me engaño, o les hará a VV. caer en alguna emboscada; no faltan por aquí algunos tunos con quienes podrá entenderse para perder a VV., o cuando menos para robarles.

—¡Está V. seguro de lo que dice! exclamó la joven asustada por aquellas palabras que coincidían de un modo tan singular con lo que le había dicho Corazón Leal.

—Estoy tan seguro como puede estarlo un hombre que se ve precisado a afirmar cosas de las que no tiene pruebas; es decir, que, según los antecedentes del Hablador, se debe esperar todo de su parte. Créame V., si aun no les ha vendido, no tardará en hacerlo.

—¡Dios mío! voy a avisar a mi tío.

—¡Guárdese V. bien de hacerlo! sería echarlo todo a perder! Los hombres con quienes está, o tardará muy poco en estar de acuerdo el guía, si aun no lo ha hecho, son numerosos, decididos, y conocen a palmas las praderas.

—¿Pues qué he de hacer entonces? preguntó la joven con ansiedad.

—Nada; aguardar, y así, como al descuido, vigilar los pasos del guía.

—Pero.....

—Comprenderá V. desde luego, dijo el trampero interrumpiéndola, que si la induzco a desconfiar del guía, no es para dejarla en el apuro en un momento dado, cuando llegue V. a necesitar auxilio.

—Así lo creo.

—Pues bien; he aquí lo que ha de hacer V. Tan luego como esté V. segura de que el guía les hace a VV. traición, me envía a su viejo loco el médico. Puede V. contar en un todo con él, ¿no es cierto?

—Completamente.

—Bien. Entonces, como he dicho a V., me le envía, encargándole tan solo que me diga: *Alce Negro*..... El Alce Negro soy yo.

—Ya lo sé, nos lo ha dicho V.

—Muy bien; así, pues, que me diga: *Alce Negro, ha sonado la hora*. Nada más. ¿Se acordará V. bien de esas palabras?

—Perfectamente. Solo que no comprendo en qué podrá sernos útil eso.

El trampero se sonrió con aspecto misterioso.

—Esas pocas palabras, dijo al cabo de un instante, procurarán a V. en dos horas los cincuenta hombres más resueltos y valientes de la pradera, hombres que, a una seña de su jefe, se dejarán hacer pedazos para arrancar a V. del poder de los que la hayan arrebatado, si sucede lo que preveo.

Hubo un momento de silencio; Doña Luz parecía estar meditabunda.

El trampero se sonrió.

—No le cause a V. extrañeza el vivo interés que le manifiesto, dijo. Un hombre que ejerce sobre mí una influencia omnipotente, me ha hecho jurar que velaré por V. durante una ausencia que se ha visto precisado a hacer.

—¿Qué quiere V. decir! exclamó la joven con curiosidad; ¿quién es ese hombre?



—Ese hombre es un cazador que manda á todos los tramperos blancos de las praderas. Habiendo sabido que llevaban VV. por guía al Hablador, ha sospechado que ese mestizo abriga la intencion de arrastrarles á alguna emboscada.

—¡Pero..... el nombre de ese hombre!.... exclamó Doña Luz con espresion de viva ansiedad.

—Corazon Leal: ¿tendrá V. ahora confianza en mí?

—¡Gracias, amigo mio, gracias! contestó la jóven con efusion. No olvidaré el encargo de V., y cuando llegue el momento, si por desgracia llega, no vacilaré en recordar á V. su promesa.

—Y hará V. muy bien, señorita, porque entonces será el único medio de salvacion que le quede. Vamos, me ha comprendido V., y eso es muy bueno; reserve V. nuestra conversacion, y sobre todo, oculte cuidadosamente que se halla de inteligencia conmigo, porque ese diablo de mestizo es astuto como un castor. Si sospechase la menor cosa, se le escurriría á V. entre los dedos como una vibora; como lo que es.

—Descuide V., que seré muda.

—Ahora continuemos nuestro camino hácia el estanque de los castores. Corazon Leal vela por V.

—Ya nos salvó la vida cuando el incendio de la pradera, dijo la jóven con efusion.

—¡Ah! ah! murmuró el trampero fijando en ella una mirada de singular espresion, entonces todo va bien.

Luego añadió en alta voz:

—Nada tema V., señorita; si sigue estrictamente el consejo que la he dado, nada le sucederá en la pradera, por negras y villanas que sean las traiciones que lleguen á urdir en torno suyo.

—¡Oh! exclamó la jóven con exaltacion, ¡en la hora del peligro no vacilaré en recurrir á V., se lo juro!

—Queda convenido, dijo el Alce Negro sonriendo. Ahora vamos á ver á los castores.

Emprendieron de nuevo su marcha, y al cabo de algunos minutos llegaron al lindero del bosque.

Entonces se detuvo el trampero haciendo una seña á la jóven, para encargarle que guardase la inmovilidad mas completa, y volviéndose hácia ella, dijo:

—Mire V.

## XV.

### LOS CASTORES.

La jóven apartó las ramas de los sauces, é inclinó la cabeza hácia adelante, miró.

Los castores, por medio de su comunidad industriosa, habian interceptado, no solo el rio, sino tambien todos los arroyos que á él afluan, de modo que todo el terreno inmediato se convirtiese en un pantano estenso.

Solo un castor trabajaba en aquel momento en la compuerta principal; pero muy luego aparecieron otros cinco llevando pedazos de madera, barro y matas. Entonces se dirigieron todos juntos hácia una parte de la barrera que, segun vió doña Luz, necesitaba una compostura. Pusieron la carga que llevaban sobre la parte rota, y se metieron en el agua, desapareciendo debajo de ella; pero para volver á salir casi al instante á la superficie.

Cada uno de ellos llevaba cierta cantidad de barro, que empleaban como si fuese argamasa para unir y dar solidez á los pedazos de madera y á las retamas; volvieron de nuevo con madera y barro; en resumen, aquella obra hidráulica se prosiguió hasta que la brecha quedó completamente cerrada.

Tan luego como todo estuvo en orden, los industriosos animales tuvieron un momento de recreo, persiguiéndose en el estanque, sepultándose en el agua ó jugando en la superficie, golpeando el agua ruidosamente con sus colas.

Doña Luz miraba con creciente interés aquel espectáculo singular. Hubiera permanecido gustosa durante todo el dia contemplando aquellos animales curiosos.

Mientras que así se divertian los primeros, aparecieron otros dos miembros de la comunidad. Durante algun tiempo presenciaron con gravedad los juegos de sus compañeros, sin aparentar que

tomasen parte en ellos; luego, saliéndose á la orilla cerca del sitio en que se hallaban en acecho el trampero y la jóven, se sentaron sobre las patas traseras, apoyaron las delanteras en un pino jóven, y comenzaron á roer su corteza. Algunas veces arrancaban un pedazo pequeño y le sujetaban entre sus patas, permaneciendo sentados; le roían haciendo contorsiones y muecas bastante parecidas á las de un mono cuando morda una nuez.

El objeto evidente de aquellos dos castores era el de cortar el árbol, y para ello trabajaban con ardor. Era un pino jóven, de diez y ocho pulgadas de diámetro próximamente; en el sitio por donde le atacaban era muy recto y bastante alto. No habia la menor duda de que en muy poco tiempo hubieran logrado cortarle por completo; pero el general, inquieto por la prolongada ausencia de su sobrina, se decidió á ir á buscarla, y los castores, asustados por el ruido de las pisadas de los caballos, se arrojaron al agua y desaparecieron súbitamente.

El general dirigió leves reconvenciones á su sobrina por su prolongada ausencia; pero la jóven encantada con lo que habia visto, no hizo caso alguno, y se propuso volver á asistir, como testigo invisible á los juegos de los castores.

Los viajeros, guiados por el trampero, se dirigieron al rancho, en el cual les habia ofrecido un refugio contra los rayos abrasadores del sol que habia llegado á su zenit.

Doña Luz, cuya curiosidad se hallaba escitada en el mayor grado por el espectáculo interesante á que habia asistido, se consoló de la malhadada interrupcion de su tio, preguntando al Alce Negro prolijos pormenores acerca de las costumbres de los castores y de la manera con que los cazan.

El trampero, como todos los hombres que por lo general viven solos, cuando se presentaba ocasion oportuna gustaba mucho de resarcirse del silencio que se veia obligado á guardar durante la mayor parte del tiempo, y no se hizo de rogar.

—¡Oh! oh! señorita, exclamó, los Pieleros dicen que el castor es un hombre que no habla, y tienen razon. El castor es instruido, prudente, valiente, industrioso y económico. Por eso cuando llega el invierno, toda la familia pone manos á la obra para preparar las provisiones; todos trabajan, lo mismo los jóvenes que los viejos. Les sucede con frecuencia que verifican viajes largos con el fin de procurarse la corteza de árbol que prefieren. Algunas veces derriban árboles bastante corpulentos, y desprenden de él las ramas, cuya corteza les gusta mas; la cortan en pedazos de tres piés de longitud, los llevan al agua y los hacen flotar hasta que llegan así á sus chozas, en donde los almacenan. Sus habitaciones son limpias y cómodas; despues que comen, tienen cuidado de tirar al rio, mas allá de la compuerta, los pedazos de madera, cuya corteza han roído. Nunca permiten á un castor extraño que vaya á establecerse entre ellos, y muchas veces se batan con el mayor encarnizamiento para defender la integridad de su territorio.

—Todo eso es en extremo curioso, dijo la jóven.

—¡Oh! aun hay mas, repuso el trampero. En la primavera, que es la estacion de la muda, el macho deja á la hembra en casa, y como un gran personaje se marcha á hacer un viaje de recreo, alejándose mucho, algunas veces, jugando en las cristalinas aguas que encuentra, trepando á las orillas para roer los tiernos tallos de los álamos jóvenes ó de los sauces. Pero cuando se acerca el verano, abandona la vida de soltero, y recordando sus deberes de jefe de familia, vuelve al lado de su compañera y de su nueva progenitura, á los que lleva á forrajear en busca de provisiones para el invierno.

—Es preciso confesar, observó el general, que es el castor uno de los animales mas interesantes de la creacion.

—Si, dijo doña Luz apoyando el dictámen de su tio, y no comprendo cómo puede hacerle cruda guerra como á un animal perjudicial.

—Qué quiere V., señorita, contestó filosóficamente el trampero; todos los animales han sido criados para el hombre, y sobre todo, ese cuya piel es tan preciosa.

—Es verdad, dijo el general; pero, ¿cómo hacen VV. esa caza? No todos los castores son tan confiados como estos, y los hay que ocultan cuidadosamente sus chozas.

—Si, contestó el Alce Negro; pero la costumbre ha dado al trampero experimentado un golpe de vista tan seguro que por la seña mas leve descubre la pista de un castor, y aunque su choza se halle oculta por espesos matorrales y por los sauces que le cobijan, rara vez sucede que no adivine el número exacto de sus moradores. Entonces coloca su trampa, la fija en la orilla, dos ó tres pulgadas por bajo de la superficie de agua, y la ata con una cadena á una estaca fuertemente clavada en el fango ó en la arena. Entonces despoja de su corteza á un tallo pequeño y le moja en la medicina, que es como denominamos el cebo que usamos: aquel tallo se coloca de modo que sobresalga tres ó cuatro pulgadas por encima del agua, mientras que su extremo se fija en la abertura de la trampa. El castor, que se halla dotado de muy sutil olfato, es atraído muy luego por el olor del cebo. Tan luego como adelanta el hocico para apoderarse de él, su pié se enreda en la trampa; asustado entonces, se sepulta debajo del agua; la trampa, encadenada al pié, resiste á todos sus esfuerzos; lucha durante algun tiempo, y al fin, agotadas ya sus fuerzas, se va al fondo y se ahoga. Hé ahí, señorita, cómo se suele cazar á los castores. Pero en los fondos que son de roca y en los que no es posible clavar la estaca para sujetar la trampa, nos vemos obligados á hacer prolongadas y escrupulosas pesquisas para encontrar á los castores apresados, y aun tenemos que nadar largas distancias. Tambien suele suceder que cuando varios miembros de una misma familia han sido cogidos, los demás llegan á hacerse desconfiados. Entonces, por mas tretas y astucias que empleemos, es imposible hacer que muerdan el cebo. Se acercan con suma precaucion á las trampas, sueltan el muelle pegándole con un palo, y aun con frecuencia las trastornan por completo, las llevan al pié de sus diques ó compuertas y las entierran en el fango.

—¿Y entonces? preguntó la jóven.

—En tales casos, repuso el Alce Negro, solo podemos hacer una cosa: echarnos las trampas al hombro, declararnos vencidos por los castores é irnos mas lejos á buscar otros menos aguerridos. Pero hé ahí mi rancho.

Los viajeros llegaban en aquel momento juntos á una misera choza, hecha con ramas entrelazadas, que apenas alcanzaba á guarecer de los rayos del sol, y semejante en un todo, por su aspecto de incuria, á las de los demás tramperos de las praderas, que son los hombres que menos se cuidan de las comodidades de la vida.

Sin embargo, tal cual era la choza, el Alce Negro hizo con galanteria los honores de ella á los forasteros.

Otro trampero estaba agachado delante de la choza, ocupado en condimentar la loncha de bisonte que el Alce Negro habia anunciado á sus huéspedes.

Aquel hombre, cuyo traje era igual en un todo al del Alce Negro, tenia próximamente cuarenta años; pero las fatigas y las innumerables miserias de su ruda profesion habian cubierto su semblante con una red de confusas arrugas que le hacian parecer mucho mas viejo de lo que en realidad era.

En efecto, no hay en el mundo oficio mas penoso, mas peligroso y menos lucrativo que el de trampero. Los pobres hombres, atacados por los Indios ó por los cazadores, con frecuencia se ven privados de sus ganancias tan laboriosamente conquistadas; despojados de la piel del cráneo y asesinados, sin que nadie se ocupe en tiempo alguno en averiguar qué ha sido de ellos.

—Siéntese V., señorita, y VV. tambien, señores, dijo cortesmente el Alce Negro; mi hogar, por muy pobre que sea, aun es bastante grande para contener á todos VV.

Los viajeros aceptaron gustosos, echaron pié á tierra y muy luego se hallaron cómodamente acostados en lechos de hojas secas, cubiertos con pieles de oso y de bisonte.

La comida, verdadera comida de cazadores,



fué regada con algunos *cuis* ó tazas de excelente mezcal que el general llevaba siempre consigo en sus expediciones, y que los tramperos supieron apreciar según su mérito.

Mientras que doña Luz, el guía y los lanceros dormían la siesta durante algunos momentos para dejar que pasase la fuerza del calor, el general rogó al Alce Negro que le siguiese, y salió con él de la choza.

Cuando estuvieron á cierta distancia, el general se sentó al pie de un ébano, invitando á su compañero á que le imitase, lo cual hizo este inmediatamente.

Al cabo de un momento de silencio el general tomó la palabra y dijo:

—Amigo mio, permítame V., ante todo, que le dé gracias por su franca hospitalidad. Cumplido ya esté deber, deseo dirigirle algunas preguntas.

—Caballero, contestó evasivamente el trampero, ya sabe V. lo que dicen los Pielos Rojas: «Entre cada palabra fuma tu pipa, á fin de calcular bien lo que vas á decir.»

—Se espresa V. como hombre de muy sano juicio; pero descuide V. que no abrigo en manera alguna la intencion de dirigirle preguntas que se refieran á su profesion ni á ningun otro objeto que le sea personal.

Si puedo contestarle, caballero, esté V. persuadido de que no dejaré de satisfacerle.

—Gracias, amigo mio, no esperaba yo menos de V. ¿Cuánto tiempo hace que vive V. en las praderas?

—Hace ya diez años, caballero, y Dios quiere que aun permanezca en ellas otros tantos.

—Segun eso, ¿le agrada á V. esta vida?

—Mas de cuanto pudiera decir. ¡Es preciso haberla comenzado como yo, siendo casi un niño, haber sufrido todas sus pruebas, todos sus padecimientos, todos sus azares, para comprender el embriagador encanto que produce, las celestiales alegrías que procura, y la desconocida voluptuosidad en que nos sepulta! ¡Oh! caballero, la ciudad mayor y mas hermosa de la vieja Europa es muy pequeña, muy sucia y muy mezquina, comparada con el desierto. ¡La vida de sujecion, arreglada y acompasada que VV. hacen, es muy miserable comparada con la nuestra! Solo aquí es donde el hombre siente penetrar fácilmente el aire en sus pulmones; solo aquí es donde vive y piensa. La civilizacion le rebaja casi al nivel del animal, sin dejarle mas instinto que el necesario para consagrarse á sordidos intereses; mientras que en la pradera, frente á frente con Dios, sus ideas cobran nuevo ensanche, su alma se engrandece, y llega á convertirse realmente en lo que el Sér Supremo quiso hacerle; es decir, en rey de la creacion.

Al pronunciar estas palabras, el trampero se habia transfigurado en cierto modo; su semblante habia tomado una espresion inspirada; sus ojos chispeaban, y sus gestos tenian esa nobleza que solo la pasion puede dar.

El general lanzó un suspiro profundo, y una lágrima furtiva corrió por su bigote gris.

—Es verdad, dijo con tristeza, esta vida tiene encantos singulares para el que ha llegado á disfrutarla, y que le ligan con vínculos que es imposible romper. Cuando llegó V. á las praderas, ¿de dónde venia V.?

—Venia de Quibec, caballero: soy canadiense.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio.

El general fué quien primero le interrumpió diciendo:

—¿No teneis entre vuestros compañeros algunos Mejicanos?

—Hay varios.

—Desearia obtener datos acerca de ellos.

—Solo un hombre podria dárselos, caballero; pero desgraciadamente ese hombre no está aquí ahora.

—¿Cómo se llama?

—Corazon Leal.

—¿Corazon Leal? repuso el general con viveza; me parece que conozco á ese hombre.

—En efecto.

—¡Oh, Dios mio! qué fatalidad!

—A caso le sea á V. mas fácil encontrarle de lo que imagina, si realmente tiene interés en verle.

—¡Tengo vivo interés!

—Entonces descuide V., que pronto le verá.

—¿Cómo así?

—¡Oh! de la manera mas sencilla. Corazon Leal coloca sus trampas cerca de las mias; en este momento cuida yo de ellas y no puede tardar en volver.

—¡Dios le oiga á V.! dijo el general con visible agitacion.

—Tan luego como vuelva, avisaré á V., si para entonces no ha abandonado V. su campamento.

—¿Sabe V. dónde se halla acampada mi tropa?

—En el desierto, lo sabemos todos, dijo el trampero sonriendo.

—Acepto su promesa.

—Cuenta V. con mi palabra, caballero.

—Gracias.

En aquel momento salió de la choza doña Luz; el general, despues de haber hecho al Alce Negro una seña para encomendarle el silencio, se apresuró á reunirse con ella.

Los viajeros volvieron á montar á caballo, y despues de haber dado gracias á los tramperos por su cordial hospitalidad, se encaminaron de nuevo al campamento.

## XVI.

## TRAICION.

El regreso fué triste. El general iba sumido en profundas reflexiones originadas por su conversacion con el trampero; doña Luz pensaba en el aviso que le habian dado; el guía, alarmado por las dos conversaciones del Alce Negro con la jóven y con el general, tenia un presentimiento secreto que le advertia se mantuviese en guardia. Solo los dos lanceros caminaban descuidadamente, ignorando el drama que se representaba en torno suyo, y pensando unicamente en una cosa, en el descanso que disfrutarían cuando llegasen al campamento.

El Hablador dirigia sin cesar miradas inquietas en torno suyo, como si buscase auxiliares en medio de los espesos matorrales que cruzaba silenciosamente la reducida cabalgata.

El dia se acercaba á su término; el sol iba á tardar muy poco en desaparecer, y ya los misteriosos moradores de la selva lanzaban, con ciertos intervalos, sordos ruidos.

—¿Estamos lejos todavía? preguntó el general de improviso.

—No, contestó el guía; apenas distamos una hora.

—Entonces, apresuremos el paso, que no quiero que nos sorprenda la noche en estas breñas.

La cabalgata arrancó al trote largo, y en menos de media hora llegaron á las primeras barreras del campamento.

El capitán Aguilar y el doctor salieron á recibir á los viajeros.

La cena estaba preparada y aguardándoles hacia mucho tiempo.

Se pusieron á la mesa.

Pero la tristeza que hacia algunas horas parecia haberse apoderado del general y de su sobrina, aumentaba en vez de disminuir. La cena se resintió de su influencia; cada cual comió apresuradamente sin pronunciar una palabra. Cuando hubieron concluido, bajo el pretexto del cansancio que sentian los viajeros, se separaron para entregarse, al parecer, al descanso; pero en realidad para quedarse solos y reflexionar acerca de los sucesos del dia.

El guía, por su parte, no se encontraba mucho mas tranquilo: un sábio ha dicho que una mala conciencia es el compañero mas triste que se puede tener por la noche; el Hablador tenia la conciencia peor que puede imaginarse, y por eso no sentia deseo alguno de dormir. Paseabase por el campamento, buscando en vano en su imaginacion llena de inquietud, y aun acaso de remordimientos, un medio cualquiera para salir del mal paso en que se encontraba. Pero en vano

atormentaba su mente; pues nada alcanzaba á calmar sus temores.

Entre tanto la noche adelantaba; la luna se habia ocultado, y densas tinieblas se extendian sobre el campamento, sepultado en el mayor silencio.

Todos dormían ó parecia que estaban durmiendo; solo el guía, que habia querido encargarse de la primera guardia, velaba sentado sobre un fardo; con los brazos cruzados y la mirada fija, se sepultaba cada vez mas en su sombría meditacion.

De pronto se apoyó una mano en su hombro, y una voz murmuró junto á su oído esta sola palabra:

—¡Kennedy!

El guía, con esa presencia de ánimo y esa serenidad imperturbable que nunca abandonan á los Indios y á los mestizos, dirigió una mirada recelosa en torno suyo, con el fin de cerciarse de que estaba completamente solo; luego cogió la mano que habia quedado apoyada en su hombro, y arrastró al individuo que le habia hablado y que le siguió sin resistencia á un sitio apartado, en donde se creyó seguro de que nadie le vigilaria.

En el momento en que los dos hombres pasaron por delante de la tienda, las cortinas se entreabrieron suavemente y una sombra se deslizó silenciosa en seguimiento suyo.

Cuando se hubieron escondido en medio de los fardos y colocados bastante cerca uno de otro para hablar en voz baja é imperceptible, el guía murmuró:

—¡Loado sea Dios! aguardaba tu visita con impaciencia, Kennedy.

—Segun eso, ¿sabías que habia yo de venir? contestó Kennedy con desconfianza.

—No; pero lo esperaba.

—¿Hay algo de nuevo?

—Si, y mucho.

—Habla, apresúrate.

—Eso voy á hacer. Todo se ha perdido.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. Hoy el general, guiado por mí, ha ido...

—Lo sé, os he visto.

—¡Maldicion! ¿Por qué no nos has atacado?

—Solo éramos dos.

—Yo hubiera sido el tercero y la partida habria sido igual, puesto que el general no llevaba mas que dos lanceros.

—Es verdad, no se me ocurrió.

—Has hecho mal; todo estaria concluido á estas horas, en vez que, según toda probabilidad, todo esta perdido.

(Se continuará.)

## POR UN ALFILER.

## LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.  
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 5.º)

—Cómo entiende los negocios, decia Madama Blanchemain saboreando un polvo de tabaco: vende las pinturas tan bien como las hace. Esta muchacha entiende de todo.

—¡Veinticinco francos! dijo Jorge con aire incomodado: es imposible pagar á ese precio semejantes pinturas.

—Eso es, dijo Mme. Blanchemain mezclándose en la conversacion: eso no se regatea cuando uno es inteligente. ¡Bie! lo han ganado estas pobres señoritas! No es una gran cosa el que pidan por esas pinturas veinticinco francos. Si sapiései solamente á la hora que se levantan para trabajar, aunque tal vez no lo sabréis nunca. ¿Por



¿qué? Porque estais acostados en vuestro Paris, muy meliditos en la cama, cuando ya ellas llevan una porcion de horas trabajando. Además, cuando una conoce el mérito.....

En vano las dos hermanas habian tratado de atajar aquel flujo de palabras. Por último, Juana, cogiendo suavemente del brazo á la vecina anciana, Mme. Blanchemain, la dijo: dejad al señor que regatee; él nos dirá lo que guste.

—Señoritas, dijo Jorge, me es imposible pagar ramos como este á menos de cincuenta francos pieza, ó sean cien francos el par. Encargandos una docena, tal vez me los podreis dejar á este precio.

—Caballero, os equivocais, dijo Juana despues de un momento de reflexion; me ofreceis el doble de lo que os pido.

—Ese es el precio fijado por mi comitente, dijo Jorge, y no puedo cambiar nada en él. Este negocio os proporcionará, tal vez, algunos otros, y así os suplico que lo admitais.

—¡Vaya un modo de hacer negocios! dijo todavía Mme. Blanchemain: con eso hago las paces con este caballero, porque me causaba pena el que hicieseis una rebaja tal sobre la mercancía. Ahora veo que sois inteligente, y que era una especie de chanza. Pero no las pagais demasiado bien: valen pinturas como esta lo menos cincuenta y seis francos..... Si el señor quisiese tomar alguna cosilla para refrescar..... Vamos, caballero..... Y buscó en su memoria el nombre, y no encontrándolo, continuó:

—Estas jóvenes lo darian todo por nada; son muy desinteresadas. Al presente, que está el trato hecho, voy á deciros que no saben defender sus derechos, y si no hubiese gentes honradas como vos, darian todo su trabajo por cualquier cosa.

—Caballero, dijo Ana, que en la casa habia adoptado el papel de madre, creemos que habeis hablado seriamente en todo lo que habeis dicho á mi hermana, pues que os recomendais con un nombre tan honroso; pero no tenemos el honor de conoceros.

—Señorita, respondió Jorge, previendo esta pregunta: ved aquí la carta de mi corresponsal. Espero que á estos encargos seguirán otros. Ya veis que los precios señalados no me permiten pagar menos de lo que os he ofrecido. Si gustais os entregaré adelantado el valor de los dos primeros asuntos que ya están á mi disposicion.

Y contó cinco piezas de oro en la mano de Blanchemain que las recibió con gran placer y contento. Se hubiera visto muy embarazado tal vez para ponerlas en la mano de Juana.

—Vengan, vengan, dijo Mme. Blanchemain; no faltará en que emplearlas en las cosas de la casa. ¿No es verdad, señoritas? Cuenta y razon guarda amistad; despues....

Jorge la interrumpió, comprendiendo que no habia mas medio que tomar la palabra.

—En cuanto á los otros diez asuntos, dejo la eleccion y composicion á vuestro arbitrio, con tal que sean del mismo tamaño y copiados al natural. Aquí teneis, señora, mi nombre y las señas de la casa de banca que debe pagar los diez cuadros que están aguardando con impaciencia.

Entregó una nota á Mme. Blanchemain.

—Pero, dijo Juana mirando á su hermana, se tardará mucho tiempo en hacer diez cuadros. Es preciso buscar y elegir hermosas flores: creo que no podré hacer mas que uno por semana. ¿No querria este caballero ver algunas veces mi trabajo? Porque yo podria equivocarme, y un buen consejo me vendria muy á propósito.

No respondió nada Ana; hubo silencio.

—Si lo permitis, dijo Jorge, vendré algunas veces á visitar este hermoso pais, y saber el estado que lleva vuestra obra.

—Señor Jorge, dijo Juana, siempre tendria que preguntaros algo.

Jorge se inclinó saludándola.

—Quisiera saber, si no es una indiscrecion, de dónde os viene ese dibujo que podria tomarse casi por un retrato mio, á no ser que yo no tengo el aire tan triste.

—Pero sentaos, dijo Mme. Blanchemain, y

contadnos esa historia. Juana es, como aquel aldeano de Forqueux. ¿Os acordais, señorita? Habiamos ido allí para pasearnos, porque siempre es necesario que las niñas se ocupen en algo, y nos habiamos sentado debajo de unos manzanos; y héte aquí que la señorita Ana saca su *album* y se pone á dibujar una casucha con un palomar, con una parra, en fin, una cosa que no valia nada. Cátate que á lo mejor sale no sé de donde una furia, y que nos dice que nos queria hacer pagar una multa por haber copiado su casa, á pretexto de que éramos inglesas..... ¡Dios mio, cuánto reimos! No es verdad, Ana!.... Con que esto es lo mismo: tampoco quiere Juana que hagan su retrato sin su permiso.

Creyó á propósito Jorge interrumpir su charla. Pronto se adquiere confianza á esta edad. Contó en pocas palabras la historia de su vida, y dijo sencillamente en qué circunstancias habia encontrado aquella imágen en Munich. Parecia Juana pensativa. Ana temia comprometer á su hermana en nuevas relaciones. Mme. Blanchemain hacia todo el gasto de la conversacion. Viendo Jorge el modesto y reservado porte de aquellas señoritas, comprendió que era tiempo de retirarse.

—Señorita, dijo á Ana, hemos hecho un trato... y la alargó la mano..... Ana le dió la suya con timidez.

—Bien; ahora á mí, dijo Blanchemain; es preciso que os dé un abrazo, porque es Dios quien os ha enviado aquí; y ya era tiempo por vida mia.

Abrazó francamente Jorge á la buena Madame Blanchemain, y salió. Su última mirada encontró la mirada profunda y tranquila de Juana, y cada cual se retiró con sus emociones.

El dia estaba muy hermoso. Jorge no se apresuró á marcharse. Quería perderse en las profundidades del bosque para reconcentrar sus pensamientos, y examinar bien lo que habia pasado en aquella mañana. Le pareció todo juicioso, interesante, conveniente. La sencilla familiaridad de la buena Mme. Blanchemain no le pareció ridícula, porque habia adivinado que era, una amiga, una confidenta, una protectora; casi una familia para aquellas hermanas. Comprendió que Juana se habia colocado bajo la proteccion de Dios antes de tocar su mano en el pórtico de la iglesia.

Se dió cuenta de la prudencia con que Juana le hacia preguntas en el camino antes de darle entrada en su casa, y adivinó todas las aprensiones de su hermana.

Aprobó la reserva de no haberle introducido desde la primer visita en su cuarto, sino de haberse colocado bajo la proteccion de Mme. Blanchemain: no se le escapó tampoco, por las indiscreciones de la buena señora, que habian padecido, y que sus socorros habian llegado muy á propósito. Por último, se hallaba satisfecho de los excelentes estudios y pinturas que le habian enseñado; pero todavía mas encantado del natural y de la sencillez de Juana, al ver la bondad de su hermana que velaba sobre ella cual la mas tierna madre. Hallábase contento y feliz del modo con que habia pasado el dia; y despues de haber vagado en aquellos sombríos bosques, y respirado el embriagador perfume que destila la sávia de aquellas encinas seculares, volvió á Paris, echando una última mirada al inmenso horizonte.

Juana, Ana y Mme. Blanchemain permanecian sentadas en la salita de la planta baja.

—Y bien, Juana, dijo Ana, ¿qué te parece? ¿Qué habiamos prometido á nuestra pobre madre? Que jamás un desconocido penetraria en su casa sin sernos recomendado por los amigos que ella nos ha dejado; y tu eres la que le has dicho que vuelva: te he oido.

—Nada temas, mi buena hermana, dijo Juana, ya ves que he sabido hablarle bien; ya le conocemos, y además yo le habia visto.

—Nada me habias dicho, replicó Ana, con un poco de viveza.

Ruborizóse Juana, y contó de un modo bastante indiferente la historia del alfiler, que habia prometido guardar.

—Hijas mias, dijo Mme. Blanchemain, es bueno ser muy prudentes, y á Dios gracias, no teneis nada que echaros en cara en este punto, ni en otros. Pero si quereis vender vuestras pinturas, si habeis gastado todo vuestro dinero en Paris para adquirir talento, no debeis cerrar vuestra puerta á los parroquianos. Es preciso ser razonable, Ana. ¿No estoy yo aquí para guardaros? ¿Por qué os hemos de tener encerradas? Pero hay una cosa que siempre olvidais, mis pobres niñas y es que os hace falta dinero. Jamas os quejais siempre estais de buen humor; pero yo sé como vivis. Sí, lo sé bien.

Y al mismo tiempo, con el revés de su mano, se limpiaba una gruesa lágrima que corria por sus mejillas.

—¡Ea! ahora ya teneis dinero, ya es vuestro..... Sí, muy vuestro, porque lo habeis ganado muy noblemente. Y hacia sonar en la mano las cinco monedas de oro.

—Tomad, dijo Ana, vos que sois el ama de casa, y hágaos buen provecho este dinero, porque os lo manda la divina Providencia, y con él podeis remediar muchas cosillas que van haciendo falta en la casa. Ahora dadme un abrazo, y volved á subir á vuestro cuarto todas esas pinturas para que pueda yo poner la mesa, porque seria lástima que se manchasen ó echasen á perder.

Las jóvenes abrazaron á la buena anciana, le dieron gracias por su buena amistad, y subieron á su cuarto mas contentas y animadas que nunca.

## XVII.

## UNA MADRE.

No hizo Jorge mas que pasar á Paris, y se apresuró á aprovechar aquellos dias que se le habian concedido para ir á ver á su buena madre, de la que se hallaba separado hacia algunos años.

Habitaba esta en una pequeña ciudad de Normandia, y pasaba en la calma y en la oracion los últimos años de una vida animosa y contrariada por los mas grandes trabajos.

Despues de haber provisto por su sola energia al establecimiento de su numerosa familia, habia sentido la necesidad de recogerse en la soledad: sus hijas, casadas y establecidas en las ciudades inmediatas, acudian con frecuencia á hacerla compañía en la primavera y en verano, y una herencia inesperada habia venido á aumentar la comodidad y el bienestar que otras veces la habian faltado, en su vejez.

Jorge la encontró sola: habia dejado muy joven la casa materna, y no hacia en ella desde entonces sino raras apariciones. La necesidad, esa segura consejera, le habia dado una madurez precoz; era un hombre el que volvia ahora al techo materno. La criada vieja que le habia criado, todavía estaba allí, y se puso loca de contenta al anunciar su vuelta. La casa era risueña y bien situada; todo respiraba en ella la tranquilidad, el orden, el buen arreglo y la sencillez.

Encontró á su madre arrodillada delante de una imágen de la Virgen. Se levantó con trabajo, porque se hallaba débil, porque era mucha su edad; pero en aquella avanzada edad habian conservado sus facciones la dignidad y la nobleza que eran la expresion de su alma. Le recibió con la mayor ternura y emocion.

—Pidiendo estaba á Dios por tí, hijo mio, y le daba gracias porque hubiese bendecido mi vejez, dándome tales consuelos despues de las penas de mi vida. Entregado tu solo á tu arbitrio y direccion, no has cometido faltas; tus sentimientos religiosos y tu piedad filial te han guiado por el buen camino. ¡Cuántas veces he echado de menos el no pasar mis últimos años á tu lado! Pero conozco que me voy haciendo demasiado vieja para formar proyectos: mi destino es permanecer aquí donde tus dos hermanas me cuidan con mucho esmero; tus cartas me hacen mucho bien, y me ayudan á vivir; el mismo Mr. Wolff me ha escrito cuán satisfecho estaba con tenerte á su lado. Bendito seas, hijo mio, por haber regocijado los últimos dias de tu madre.

—Querida madre, dijo Jorge, es una ley cruel de la naturaleza la que dispersa á las fa-



milias. Yo hubiera debido permanecer siempre á vuestro lado para pagaros con mi piedad, con mi adoracion de todos los instantes, los cuidados, los anhelos, los padecimientos, los sacrificios de vuestra vida pasada. ¿Os acordais todavía de aquella mesa, alrededor de la que estaba sentada toda la familia, grandes y pequeños? ¡Con cuánto respeto y amistad era escuchada vuestra buena y prudente palabra! ¡Todos se han marchado! Los unos han dejado ya el mundo; los otros se han establecido lejos, y hoy no estaremos mas que los dos en la mesa grande de la familia, y cuando yo me marche, os quedaréis sola con vuestros recuerdos.

— Los recuerdos de una vida llena de buenas acciones no tienen nada de penosos, hijo mio. Tu lo sabrás un día. Soy como el viajero fatigado que llega cerca del término que se proponia; se detiene y descansa, y se acuerda de los peligros del camino antes de entrar en la ciudad que será su refugio. Pero hoy no quiero pensar sino en la felicidad de verte y hablar contigo. ¡Cuántas cosas tendrás que contarme de tus viajes y proyectos!

Ocupáronse así en las mas dulces pláticas, aquella piadosa madre que no aguardaba mas que la voluntad de Dios, y aquel hijo que entraba á su vez en la carrera del mundo con fé y valor. Apoyábase aquella con amor sobre su brazo; ensayaba á dar pequeños paseos por el campo inmediato, y se mostraba orgullosa de ver la razon, la rectitud y la instruccion de su Jorge.

Un día que le encontró mas pensativo (una madre lo adivina todo), le dijo.

— Tú me has contado, Jorge mio, lo pasado; pero nada me dices de tus proyectos para el porvenir. Trabajas mucho, no te gusta visitar las concurrencias de mundo; tu posicion es honrosa, tienes hasta algunos ahorros, gracias á la liberalidad de Mr. Wolff, que yo sé quiere hacer todo cuanto sea posible por tí. Necesitarás un día una buena mujer, piadosa, para que las bendiciones del cielo caigan sobre tu casa; modesta y sencilla para que su felicidad exista en el interior y no en el exterior, y animosa tambien, porque es preciso estar dispuesto á las pruebas y peligros de la vida. No te pido que sea hermosa; empero quisiera que fuese agradable, para que no fuese desventajosa una comparacion en tu imaginacion: no quiero que sea sabia; pero quiero que tenga el gusto de lo bueno y de lo bello: no la quiero rica, lo que no sería un mal; mejor quisiera que tuviese buen talento, que fuera una instruccion en la prosperidad, y un recurso en la adversidad.

— Mi querida madre, dijo todo conmovido Jorge, ¿por qué cada palabra que sale de vuestros labios es como si saliera de mi corazón? ¿Por qué lo que decís es tambien lo que yo he soñado con una digna compañera de mis días? Es por que he vivido por vuestra vida; es porque he sido alimentado por vuestras santas palabras; es porque he aprendido de vos á amar lo bueno, lo bello y lo verdadero. Aprecio las riquezas en cuanto pueden servir para hacer la felicidad; pero creo que es al trabajo al que debo pedir esos bienes pasajeros, y no á aquella de quien yo quisiera ser el apoyo y el ángel custodio. Habéis leído en mi alma cual lo haciais tambien cuando era niño, y cuando sabiais tambien leer en mi frente mis mas secretos pensamientos: sí, habéis dicho la verdad. Hoy vuestra vida es tranquila, no tenéis necesidad de mis socorros. Mi instinto me lleva á consagrarme, á servir, á ser útil. Algunas veces me pregunto: ¿para qué sirve mi trabajo, si no aprovecha á algun sér que aguarde este socorro? ¿Para qué mis vigiliias, si no sirven para prolongar el sueño de los que descansan, y de qué sirve mi vida si solo vivo para mí?

— Querido hijo, cuando uno se complace en hacer estas reflexiones, que algunas veces tienen su riesgo, está muy cerca de encontrar lo que la Providencia os reserva, y tal vez ya se ha encontrado.

— ¿Soy todavía el niño, buena madre, en cuya frente habéis leído un secreto que no tendrá mas confidente que mi corazón y mi madre?

— Jorge, dijo la madre, despues de haber escuchado la relacion de su encuentro y viaje á

San German, tú tienes para muchas cosas la razon, la esperiencia de un hombre: tu razon se ha emancipado; pero tu buen corazón, tu afecto, tu necesidad de sacrificios podrían estraviarte tal vez. Lo que me cuentas del interior, del carácter de esas dos jóvenes, es seguramente honroso é interesante. Tú tienes seguridad y recomendaciones de una persona que las conoce indirectamente; pero tú no conoces todavía ni sus relaciones, ni su familia, ni la causa de su desgracia. Nota bien que no es una oposicion la que te hago, hijo querido; no te marcharás de aquí sin tener mi consentimiento, y la bendicion para tí y la que prefieras: para aquella, cuya imagen estaba grabada en tu corazón, aun antes de que conocieses su persona; pero ten cuidado con las ilusiones de tu imaginacion.

Esta es una súplica que me queda que hacer-te; tómame algun tiempo de prueba; no prometas nada; observa, guarda tu secreto en tu corazón; sé útil á la que quieras consagrar tu vida; pero no intimes con ella; guarda tu dignidad y tu independencia, y si despues de un año de prueba formas el mismo juicio, entonces tómalala por mujer, y verás cumplidos todos mis deseos. Hé qui, sin embargo, mi consentimiento, querido hijo; estaba preparada, por que yo solo temia que un accidente ó una enfermedad viniese á retardar tus proyectos.

Y sacó de un secreter un pliego cerrado que contenia una firma en blanco.

Tambien encontró allí Jorge algunos billetes de mil francos.

— Son tuyos, tuyos enteramente, querido hijo; son tus ahorros que me has enviado en tiempo de apuros; la fortuna me ha sido favorable, y me ha permitido guardártelos.

— ¡Por favor, Madre mia! dijo Jorge, os consagraba con tanto placer mis primeros trabajos, débil compensacion de cuanto habéis hecho para criarnos! No me quiteis ese buen recuerdo.

— Pues bien, dijo la madre, guarda ese oro que doy á Juanita para que ponga su casa. Tu serás su tesorero. Ahora no tengo nada mas que decir. Ya lo ves, no te doy de dote mas que un consejo de madre, y acuérdate por tanto de él, y si las circunstancias lo exigen, puedes casarte mañana, y presentada por tí tu mujer, será recibida aquí como una hija.

Prometió Jorge á su madre obrar con la reserva que le recomendaba; pasó todavía unos días á su lado con sus hermanas, que habian venido á reunirse con él, las abrazó por última vez, y se marchó lleno de alegría y esperanza.

## XVIII.

YA.

No se habian pasado los ocho días de licencia concedida por Mr. Wolff. Jorge habia empleado aquellas vacaciones en satisfacer la mas dulce ambicion de su alma. Habia encontrado un objeto á su vida. No habia querido guardar un día aquel nuevo pensamiento sin confiarle á los pies de su madre. ¿Vá ahora á volver á ver á su bienhechor, á volver á tomar con ardor, antes de cumplir el tiempo que se le habia concedido, un trabajo que tendrá, en lo sucesivo, un nuevo estímulo? Así lo pensamos desde luego.

Pero entonces, ¿por qué le encontramos al día siguiente errante, á la ventura, á la entrada del bosque de San German, en aquellos primeros grupos de hermosos árboles y sauces desde donde se descubre la casita blanca con su emparrado y sus grandes rosales, que estienden hasta el tejado sus ramas verdes cargadas de flores? ¿Por qué? ¿Lo sabe acaso él mismo?

Cual la partícula de oro, va por un curso silencioso y seguro á reunirse al filon; cual la gota del cerro va por una inevitable pendiente á reunirse al limpido arroyuelo; cual el imán por una voluntad eterna aspira hácia el Polo; así el corazón busca la amistad; así el fuerte delante de Dios busca al débil; así el hombre puro busca lo verdadero; así el malvado ¡ay! reconoce su semejante y forma sociedad con él: todo se atrae, todo se inclina, y el hombre que cree obrar por su voluntad es conducido seguramente hácia el bien

si escucha la conciencia de su deber; hácia el mal si escucha su egoismo y sus malas pasiones.

Por eso Jorge, que tiene el corazón de oro en el mas hermoso país, bajó los árboles seculares que le protegian por su sombra, aspirando la preciosa brisa, descansaba en su fuerza y miraba la casa blanca al través de los árboles y se decía: trabajad y orad, pobres niñas, yo os guardo, Dios y mi madre lo han permitido.

Creía el valiente Jorge que la vista de la casa blanca bastaria á su amistad, é iba á volverse con valor llevando por prenda una rosa del bosque que se inclinaba hácia él, en recuerdo de la que Juana llevaba en sus cabellos cuando por la primera vez se presentó á su vista.

Pero entonces, Jorge, ¿por qué os encontrais sentado en la sala baja en conversacion con Mme. Blanchemain platicando gravemente con ella, sobre el alimento mas sano y mas conveniente para los canarios que cuidaba?

Habéis vuelto del bosque por el parterre para estar mas cerca de la casa blanca; la puerta se hallaba abierta; Mme. Blanchemain estaba en aquella puerta, habéis querido pasar saludándola, lo que no era muy discreto; os ha llamado la buena señora y estais cogido: lo habéis querido.

— Señor Jorge, os volvemos á ver. Mucho han hablado de vos arriba. Esas señoras están en la iglesia. No es que sean devotas mas de lo regular, sino porque tienen esa buena costumbre de las jóvenes. Y despues de esto, las gentes que no van á la iglesia, dicen que es porque no tienen tiempo. ¡Pues bien! Sabéis, señor Jorge, y yo he notado que los que van á la iglesia madrugan y hacen siempre los negocios y cosas antes que los demás, y todo lo encuentran listo. Yo he estado á la misa de seis: ya veis qué arregladita tengo toda la casa; no me quedan mas que estos pobres canarios que me aguardan con impaciencia. ¡Ah, glotonas! están tan contentos en esta estacion, porque es la época de la pamplina, de los berros, y eso les hace cantar como los serafines. ¡Cantad, cantad, animalitos! no os faltará mientras yo esté aquí. ¡Ah! ¡Caramba, señor Jorge! Ved aquí lo que sucede á una cuando no tiene hijos; toma un cariño á estos pobres animalitos. Y despues de estos, tengo mis muchachas, mis vecinitas que son las hijas de la casa. Esto anima mi existencia, que sin esto sería muy triste; bien que yo siempre sé estar ocupada como veis.

(Se continuará).

## LA LUZ DEL CEMENTERIO.

NOVELA FANTÁSTICA

POR

FEDERICO UTRERA.

(Conclusion.—V. el n.º 5.º)

XXI.

EL CONDE DE WALEFED.

— Emilia, dijo el conde, lo sé todo; y sin embargo, ya veis, estoy tranquilo.

— ¿Que todo lo sabéis, decís? Ignoro que es ese todo, respondió la condesa.

— Pues bien; sabedlo. Lord Byron entra en vuestra estancia.

La condesa palideció y el conde prosiguió de esta manera:

— Ya veis como nada ignoro. Comprendo que no me amais; pero al menos tened en cuenta que llevais el nombre de Walefed; que vuestro esposo ha sido hasta hoy honrado; que tenemos una hija á la cual debemos dejar en herencia un apellido sin mancha. Emilia, esta es la última vez que vengo á rogaros.

Y despues de estas palabras, el conde salió de la estancia, dejando á su esposa en las mas profundas meditaciones.

Cruzó una galeria angosta, atravesó por una sala en la cual habia un criado con una bujía; tomóla, y despidiéndolo, penetró por una puer-





Viaje á Ch'na. — Virey de Canton.

tecita que daba paso á una escalera, por la que subió, y al fin de la cual empujó una puerta y hallóse en una estancia de regulares dimensiones y lujosamente amueblada.

Tomó asiento en un sillón forrado de terciopelo y dejó caer la cabeza sobre ambas manos como si reflexionase.

Largo tiempo permaneció en esa actitud, y al cabo levantando la frente y echando una mirada al techo de la habitación:

— ¡Oh! no es posible vivir de este modo. Mi corazón sucumbe en esta lucha horrorosa. Yo la amo, la amo... y ella... Si, es necesario acabar de una vez. El diablo parece que se complace en este juego horroroso. Yo la he perdonado todo: su frialdad, su coquetería, pero el escándalo, la infidelidad, ¡oh! no, no puedo.

Maquinalmente abrió el cajón de la mesa que delante tenía, y tomó un puñal muy reluciente que contenía. Después continuó:

— Siempre el desprecio; ya ni contesta á mis recriminaciones, ya ni se cuida de lo que la digo, ¡oh!, y sus ojos brillaron en este momento con una indecible expresión de furor: si hemos de ser dos las víctimas, este puñal ha escogido ya la suya.

Y luego más calmado prosiguió:

— ¿Pero debo asestar contra ella la punta de este puñal? ¿Qué es la vida para mí?

¡La vida! dijo con profunda amargura, solo es el camino de las desventuras! Cortando la suya ¿seré acaso más feliz? No; yo vivo por ella, solo para ella, ¡ah! y no me ama...

Yo debo morir, sí: mis amarguras cesarán con la muerte.

Al concluir esta serie de reflexiones dejó caer la cabeza sobre el pecho y pareció meditar.

Solo ideas de muerte cruzaron por su cerebro. Cerró los ojos y quedó como dormido.

La bujía que le alumbraba llegó entre tanto á su fin, y la habitación quedó enteramente á oscuras.

Entonces vió alzarse delante de él una luz pequeña y amortiguada, que fué creciendo por momentos hasta llenar el ámbito de la estancia, y en medio de ella aparecieron grandes caracteres negros que decían: *En el cementerio lograrás venganza.*

El conde abrió los ojos aterrado: la visión había desaparecido; pero en la punta del puñal, que aun sus manos apretaban, brillaba una luz inmóvil y fosforescente que le lastimó la vista: horrorizado, arrojó el puñal, y poniéndose de pie, quiso abandonar aquel sitio. Mas le fué imposible: sus plantas estaban pegadas al suelo; entonces intentó llamar; pero al despegar los la-

bios sintió su voz embargada; le sobrecogió un pánico terrible, y como tenía fija la mirada en la luz, se desvaneció su vista.

Horrorosos fantasmas cruzaron por delante de él; fugitivas sombras corrían; cuerpos humanos le tocaban.

Después el puñal que yacía caído en el suelo, se levantó por sí, introduciéndose en su mano, que experimentó un calor como si el puñal estuviese ardiendo. El, sin embargo, lo apretó convulsivamente é intentó llevarlo al corazón; pero le fué imposible.

De repente las confusas sombras que cubrían sus ojos, fuéronse abriendo, y vió una estancia con un sofá en el que descansaban la condesa y Lord Byron, que tenía asida una niña de unos doce años que sonreía.

En ese instante el conde comenzó á temblar horrorosamente, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, abrió los ojos y vaciló como si hubiera recibido un choque de algún otro cuerpo. Así que recuperó su equilibrio, lanzó un grito feroz, y como un loco bajó rápidamente la escalera que momentos antes había subido. Volvió á oscuras á recorrer la distancia que le separaba del departamento de su esposa, y al abrir de un fiero golpe la puerta, el mismo cuadro que acababa de ver en su aposento, se le presentó á la vista.

Efectivamente, la condesa de Walefed estaba sentada en el sofá próxima á Lord Byron, que acariciaba á Emma, hermosa niña, hija del conde.

Al ver esta entrar á su padre con los ojos desencajados, la pupila echando fuego, el puñal en la mano y el paso apresurado, se desprendió de los brazos de Byron, y llena de terror exclamó corriendo hácia la condesa.

— ¡Madre mía! madre mía! y cayó en el suelo presa de una horrible convulsión.

El conde no vaciló un instante: llegó hasta su esposa, y cegado por una nube de sangre que se agolpó á sus ojos, descargó el golpe fiero sobre la condesa, casi exánime, sin escuchar el grito de Byron, que, cogiendo su brazo, dijo:

— Conde de Walefed, primero á mi.

El conde no veía, no escuchaba, no sentía en fin, retiró su puñal bañado en sangre, y como una fiera que se revuelca entre los destrozos de su presa, cayó al suelo al tropezar con su hija, y se revolvió con ella.

Emma estaba asida á un lazo del vestido de su madre, sobre el que habían caído algunas gotas de sangre: en su horrorosa convulsión, arrancólo y lo apretaba entre sus manos. El conde no había perdido el sentido, y se levantó cogien-

do á Emma, y como si fuera su segunda víctima la maltrató sin compasión.

Desde entonces, ya su arrebató se calmó algo tanto; mas sin hacer caso de las palabras de Byron que á él se dirigían, pronunció algunas palabras incoherentes, y como acometido de un acceso de locura, huyó de aquel lugar, llevándose entre los brazos á su hija.

Salió de la casa á las dos de la noche, y se dirigió al campo, tomando un camino estrecho, murmurando:

— ¡He cometido un asesinato! he cometido un asesinato!

## XXII.

## LA FUGA.

El día sorprendió al conde de Walefed en la cumbre de una pequeña colina, y al pié de un árbol se detuvo para descansar. Había corrido toda la noche y con el peso de su hija. Ignoraba el sitio en que se encontraba. Una palidez mortal cubría su rostro. Parecía que habían pasado diez años por su frente. Emma se encontraba en una de esas grandes parálisis que sobrevienen á las grandes revoluciones. La pobre niña había contraído desde aquella noche fatal esa enfermedad horrible que se conoce con el nombre de epilepsia.

El conde la depositó junto á un árbol, y se sentó próximo á ella.

El sol, viajero que ve muchas cosas y que de ninguna se cuida, asomaba su faz resplandeciente por encima de un bosque, cuyas hojas iluminaban. El conde le miró con horror.

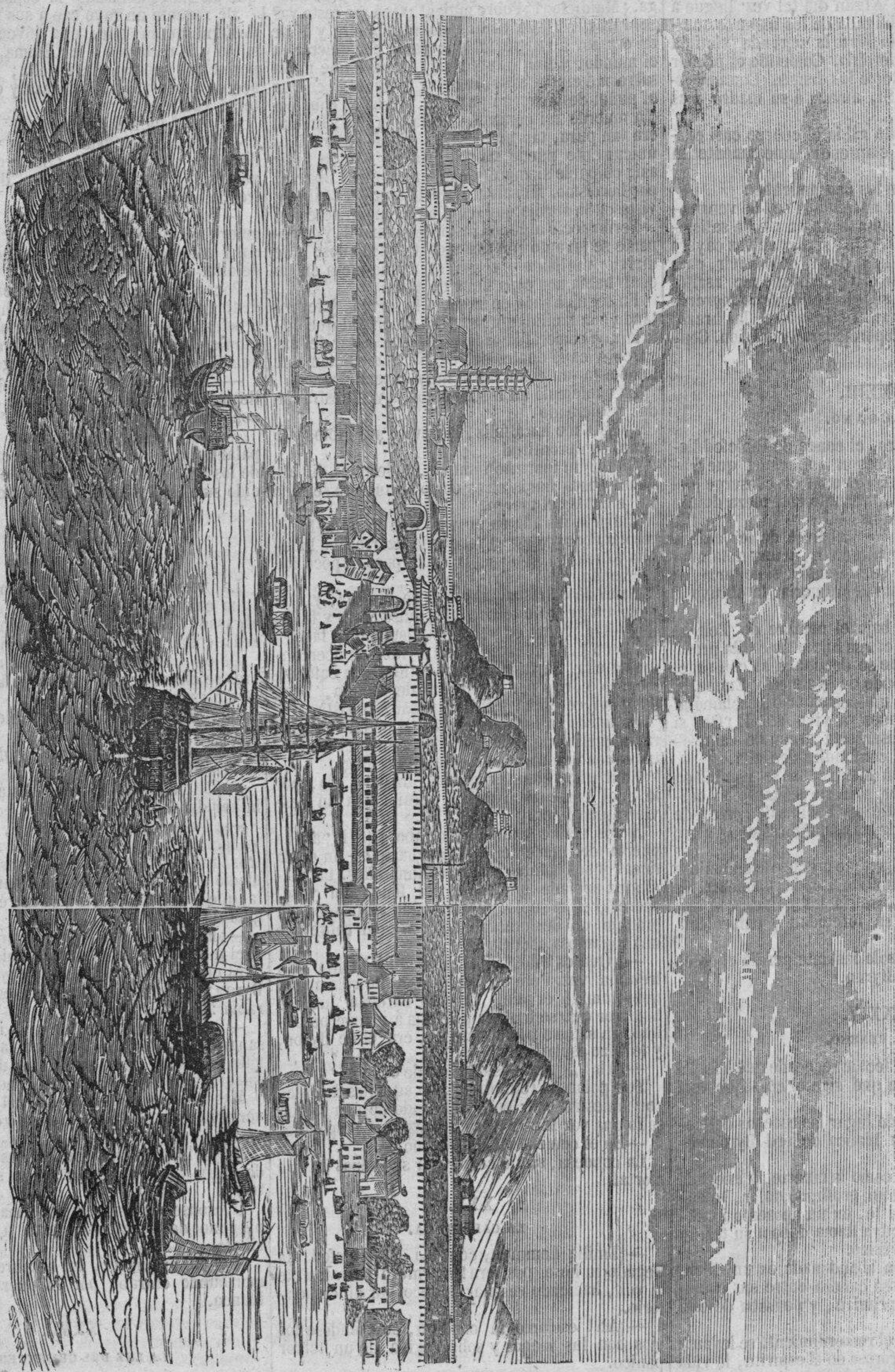
Siempre busca la sombra el crimen. Siempre ama la noche el criminal.

— ¡Maldito seas! murmuró bajando la vista. Y dejando caer la cabeza sobre el pecho, costumbre que le era habitual, se puso á meditar de esta suerte:

— Por fin, me he bañado en sangre; me he deshonrado para siempre. Ahora fugitivo, huyendo de la justicia, ¿dónde hallaré un asilo? ¿Dónde me esconderé? Pero, ¡Dios mío! qué he hecho! He asesinado á mi esposa, y el que ha ultrajado mi honra, el infame que ha causado mi ruina, ha quedado ileso. Y estaba allí, ¡oh! sí, á su lado, engreído, gozando de su amor.... Y no he asesinado mi puñal á su pecho. Habrá huido, se habrá salvado, él tan criminal y tan villano; mas... Yo estaba ciego, no le he visto, no; y se me ha escapado. ¡Ah! ahora siento el remordimiento, sí, yo soy un asesino, y de una mujer, cuando había un hombre en quien emplear mi saña. ¿Y qué haré cuando me será imposible hallarle más? ¡Oh! retroceder, volver á Munich, buscarle,



CHINA. — Vista de Cantón.



Y..... Pero caeré tal vez en poder de la justicia, se me juzgará y seré condenado. ¡No! me siento ya sin fuerzas; soy un cobarde; ¡faltame el aliento!..... Todo lo he perdido. Mis riquezas, mi nombre, mi familia. Mi destino es la fuga ó un cadalso. ¡Un cadalso! ¡El conde de Walefed! ¡Ah! maldición!

Algunas lágrimas rodaron por su rostro sombrío. Se levantó, y acercándose á su hijo, la contempló un breve rato.

—Y esta criatura, dijo, ¿para qué la he traído

conmigo? Esto es un estorbo para un criminal..... Debo abandonarla..... Pero es mi hija, ¡ah! si, y tambien lo es de aquella mujer que he asesinado. De aquella á quien amaba con la pasión mas ardiente que ha existido..... No sé; mi cabeza se turba, mis ojos no ven, ¡oh! huyamos de aqui.

Volvió á coger á Emma y contemplándola con una sonrisa feroz, dijo:

— Ven con tu padre criminal, ven, y acompáñale en su destierro..... Tú tambien has sido condenada al dolor.

Despues anduvo algunos pasos, se detuvo, y arrugando el ceño:

— Valia mas, dijo, estrellarte contra esas piedras.

Si, yo tambien hallaria la paz en un suicidio.... La vida de Emma corrió esta vez peligro, porque agitó su cuerpo y lo levantó como si fuera á arrojarlo sobre unas grandes piedras que á corta distancia habia.

Mas se contuvo, y magullándola horrorosamente:



—Es una piedra también, dijo, no siente el peso de la desgracia. Algun día tal vez llegue a sentirlo: cómplice obligada de los impuros amores de su madre, ella será la segunda víctima de mi corazón empedernido. Cometido el primer crimen, deben cometerse los demás. ¡Con una esposa y una hija!... Sí, amaba a su madre más que a mí. ¡Oh!

Sacudió con violenta rabia el cuerpo casi exánime de Emma, y emprendió nuevamente su marcha.

Pero le abrumaban los pensamientos.

—Aun no se me ha apagado la sed de venganza, decía; la sangre de anoche no me ha satisfecho, necesito la de él. ¡Oh! si alguna vez cayera entre mis manos; no hay duda, debo vivir para vengarme. Anoche en el vértigo que me asaltó, yo leí unas palabras, sí, en el cementerio lograrás venganza..... Estas eran. Entregado en los brazos del destino, él me proporcionará la ocasión. Continuemos la fuga.

## XXIII.

## LÚGANO.

Quince días después, el conde de Walefed llegaba a Lúgano. Un pregon anunciaba que habiendo muerto repentinamente el conserje del cementerio, se hallaba vacante esta plaza dotada con quince reales diarios.

Un hombre vestido con el traje de los aldeanos del país, con barba crecida, y una niña muy hermosa de la mano, se presentó a solicitarla, y ya tengo dicho que nadie la quería, la obtuvo al momento.

Este hombre, que bajo el nombre de Beltran Brauzereh, se instaló con su hija en la casita próxima al cementerio, que se destinaba al conserje, no era otro que el conde de Walefed y Emma.

—La venganza en un cementerio, exclamó al entrar en su casa, pues ya vivo en él. ¡Oh! si lord Byron llega a pisar esta arena de cadáveres..... ¡ay de él! se confundirá con ella.

Desde aquel día, su melancolía se cambió en aspereza, su carácter sombrío se tornó en embrutecimiento, y perdió sus hábitos de corte y de nobleza, para adquirir las costumbres de la clase baja.

Allí vivía con su hija, que creciendo en belleza y en desgracia, acometida a cada momento de ataques de epilepsia, sufría los golpes con que deseaba curarla en su ferocidad y embrutecimiento.

Allí vivía, y ni un solo instante perdió el deseo de venganza de lord Byron.

## XXIV.

## EL VENENO.

Es necesario que el lector recuerde que han pasado cinco años, para que siga el curso de esta historia.

Interin habían tenido lugar las escenas del cementerio, en la casita blanca de lord Byron veía una mujer.

Era Emilia: pálida como la muerte, y anegada en llanto, sumida en un profundo dolor, se encontraba solitaria y triste, en un aposento iluminado por una bujía, cuya llama daba a su tez un tinte lúgubre y cadavérico.

Sentada, ó más bien abandonada en un sillón, dejaba caer su hermosa cabeza entre sus manos convulsivas que la oprimían, y pensaba de este modo:

—¡Oh! sí: cuando el remordimiento se levanta como una sombra horrorosa en el espíritu, la vida solo es una senda escabrosa, llena de punzadoras espinas, que hieren el corazón. ¡Dios mío! qué desgraciada soy! Mis caprichos han tenido para mí la fuerza de las pasiones. La desobediencia a mi esposo, me debe hoy costar la vida. ¡Ah! no he sido infiel, y soy culpable..... Sí, y ahora más que nunca, porque ya no es la amistad la que tiene albergue en mi corazón. No, yo amo a Byron..... y él no puede quererme. ¡Oh! es horrible amar y no ser correspondida; vivir al lado de un sér que desprecia las caricias, que huye, que busca en aventuras extrañas el placer, y rie de

una pasión sin límites que me consume y me ahoga. ¡Maldición! ¡Pobre mujer! ¿Qué me resta ya? Solo morir. Yo he manchado mi nombre y el de mi esposo. Yo he tenido que pasar por muerta en el mundo, y huir con el único hombre que podía salvarme en aquellos terribles momentos en que el puñal desgarró mi pecho..... ¡Ah! la conciencia muerde mi corazón. Tenía una hija; Emma, era tan pura, tan hermosa..... ¿Dónde está? Dios únicamente puede saberlo. No es posible vivir así; culpable siempre, debo ser criminal una vez por heroísmo. Mi salvación está aquí. Y fijaba su vista en la sortija que tenía en su mano derecha.

Permaneció algunos instantes inmóvil, y de repente se levantó con los ojos desencajados, y se dirigió vacilante y convulsa a una mesa en la cual había una copa llena de agua.

En seguida sacó de su dedo la sortija, y levantando con facilidad una tapita de cristal que cubría una esmeralda oscura, la hizo saltar del engarce y cayó dentro del agua: inmediatamente tomó esta un color rojizo muy encendido.

La contempló un instante con la vista estraviada, y diciendo:

—Esto me hará feliz, la llevó a sus labios y la apuró con prontitud.

Quedó un instante inmóvil, y después dió algunos pasos hacia atrás como si hubiera sentido los efectos del mareo.

Clavó la mirada en el vaso que la bujía hacia resplandecer, y de su fondo vió alzarse una lucecita azulada, ténue y fija, que poco a poco fué creciendo hasta cubrir el vaso.

Saltó de él hasta los pies de Emilia, y esta lanzó un grito de terror. Mas quiso huir, y le fué imposible. Pensó en volver la vista a otro lado y tampoco pudo conseguirlo. La luz fué acercándose a ella, hasta tocar sus vestidos. Un calor sofocante corrió por las venas de Emilia, llegó hasta su cerebro, y sintió turbada la vista.

Entonces la luz se desprendió de ella, y voló rápidamente por el suelo, dejando en él un rastro encendido como una culebra de fuego.

Emilia no veía más que esta línea de oro, por la cual comenzó a pasar, siguiéndola sin desviarse una línea.

A los veinte minutos entraba por la ancha puerta del cementerio. Llegó hasta el fin de la línea, y sus plantas quedaron inmóviles. La misma luz azulada que salió del fondo del vaso, apareció en el suelo; pero saltando a sus ojos, le produjo un deslumbramiento al cual sobrevino una espantosa oscuridad.

—¿Qué es esto, Dios mío? dijo Emilia con trémula voz. Pero en ese instante un relámpago que iluminó el cielo con su cárdena luz, le hizo ver que se hallaba próxima a un cuerpo bañado en sangre: lo reconoció; era el de Byron, y le hizo exclamar.

—¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

Sus palabras retumbaron en aquellos ámbitos con siniestro son; pero del fondo de una tumba salió una voz mucho más siniestra, y respondió:

—En el cementerio de Lúgano.

La condesa, sintió correr por sus venas un frío mortal.

## XXV.

## LA CALENTURA.

—¡Emilia Lemman, condesa de Walefed, ha llegado tu hora postrera! murmuró nuevamente la voz, haciendo resonar su eco por el cementerio.

—¡Ah! exclamó la condesa, cubriéndose los ojos con las manos y sobrecogida de un terror pánico.

Entonces, sintió un zumbido terrible en sus oídos y un rumor horroroso por todas partes. Quiso huir; pero vacilando cayó enredándose en los pliegues de su vestido. Hizo violentos esfuerzos por levantarse y lo consiguió; pero no pudo mover su planta.

Una lluvia horrorosa empapaba su traje; serpientes de fuego pasaban silbando junto a ella, y sucesivos truenos la atolondraban.

Vió que las tumbas se abrían, que los muertos la tocaban, que los árboles se movían, que el cielo retumbaba con mujidos aterradores, y

que un fuego abrasador la consumía por dentro. De repente un rayo cae a sus pies, y a su luz deslumbradora mira una jóven tendida en el suelo y la reconoce: era Emma. Una fuerza superior la impulsa hacia ella; la suspende, la acerca a sus labios, la abraza y exclama con voz tenebrosa y débil:

—¡Ah! hija mía! hija mía!

—¡Madre, la responde Emma volviendo de su desmayo. ¡Madre mía! ¿Sois vos? os vuelvo a ver? ¡Ah! dejad que os bese, dejad que os estreche entre mis brazos.....

—No; aparta; soy criminal. Deja, deja que muera entre los remordimientos, sola, abandonada. Y empujaba a Emma, pugnando por separarse de ella.

Poco a poco aquellas dos mujeres empezaron a distinguirse mejor; la oscuridad había cesado; los árboles ardían como grandes cirios funerarios; los sepulcros arrojaban llamas; la yerba estaba encendida. La conflagración era general.

—Emilia Lemman, condesa de Walefed, ¡ha llegado tu hora postrera! repitió aquella voz desconocida y sepulcral.

—¡Oh! exclamó la condesa, y fué su última palabra; pues en el instante cayó desprendida de los brazos de Emma. El veneno había producido su efecto y exhaló el último suspiro.

## XXVI.

## EL INCENDIO.

La tempestad era horrorosa. Torrentes de agua caían del cielo; multitud de rayos labían abrasado los árboles, y el cementerio de Lúgano ardía como una pira de la eternidad.

De en medio de aquel fuego terrible, dos hombres se alzaron: uno con un puñal en la mano, otro chorreando sangre.

El primero era el conde de Walefed; el segundo, Byron.

No se vieron ninguno de los dos; pero ambos se buscaban.

—¡Oh! decía el conde, no está aquí. Sin duda la herida no era mortal.

—¡Cielo y tierra contra mí, decía Byron, y yo luchando con ellos! ¡Oh! levantaos de vuestras tumbas, cadáveres inmundos; vedme solo en medio de vosotros con vida; venid a arrancarme la que me queda, y la defenderé hasta la última gota de sangre.

—¡Maldición! dijo el conde arrojando lejos de sí el puñal. ¡Se ha salvado el miserable!

El cuchillo ensangrentado cayó a los pies de Byron; se arrojó a cogerlo y empuñándolo con rabia:

—Por la vez primera de mi vida tengo sed de sangre, dijo. Alzó la vista y como el fuego iluminaba perfectamente aquel lugar de muerte y desolación, pudo distinguir al conde y corrió a él.

Mas este volvió el rostro, y notando que su adversario iba derecho a él, huyó con rápida carrera.

Byron le persiguió sin descanso hasta la orilla del lago, y ambos penetraron en su seno tempestuoso.

Oyéronse gritos, gemidos, maldiciones; pero ninguno de los dos volvieron a aparecer en la ribera.

Mas al amanecer, un hombre mojado y casi moribundo entraba por la puerta de la casita blanca.

## XXVII.

## LA LUZ DEL CEMENTERIO.

Emma había quedado sola en el cementerio. El incendio fué poco a poco terminando; solo junto al sitio que ocupaba el ciprés, quedó una luz triste, fosfórica y azulada.

Emma se hallaba acometida de aquella enfermedad terrible que contrajo en su niñez. Estaba, pues, inmóvil como una estatua, en medio del campo santo. Su mirada estaba fija en la luz.

La luz en que descansaba se levantó, y una voz dulce, penetrante y armoniosa, que parecía venir del cielo, aunque salía de un sepulcro, dijo:

—Ven:



Emma, avanzó hasta la tumba descubierta.

—Entra, repitió la voz.

Y Emma descendió á la tumba. La losa cayó sola y la cubrió para siempre.

La luz brilló un instante sobre el mármol. Osciló despues como si una brisa suave la moviese, y arrojando un esplendor semejante al dia, desapareció, mientras se escuchaba una voz augusta que decía:

—¡Un alma inocente para el cielo!

FEDERICO UTRERA.

## VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 4.º)

Los dos lados sud y norte del muelle están guarnecidos de baterías que se extienden hasta una media milla. Todas se hallan colocadas á orilla del mar, y no tienen sino dos ó cuatro cañones. Todos los habitantes en estado de llevar armas están incorporados á las milicias. Las tropas de línea, comprendiendo en ella á los artilleros, no son sino unos trescientos hombres. Independientemente de los medios que el arte ha empleado para defender la isla de Tenerife, y de los que ya hemos dicho que la naturaleza la habia provisto, hay aun un áncora mas formidable: este es el riesgo, al cual se espondrían las embarcaciones que la atacasen. El viento casi nunca sopla del lado de tierra, y si se les desgraciase su empresa, les seria imposible escapar del fuego de las baterías que guarnecen la orilla.

El almirante Blake despreció, sin embargo, aquel peligro, cuando en 1657 la Inglaterra estaba en guerra con España. Lleno de entusiasmo por servir á su país, atacó en la bahía á una flota de galeones (1), tan numerosa como su escuadra, y á pesar de las baterías de la costa echó á fondo todas las embarcaciones españolas. El viento que cambió de repente, como por milagro, le permitió retirarse. Es imposible contemplar el sitio donde tuvo lugar aquella accion, y el pensar en los peligros que le rodearon, sin admirar el valor y resultado del almirante inglés, y sin esperar una parte del temor que inspira un peligro que aun nos amenaza.

La entrada de la bahía de Santa Cruz está por los 28º, 20' de latitud Norte, y segun las muestras marinas, por los 16º, 26' de longitud al Oeste del Meridiano de Greenwich. La variacion de la brújula es de 17º, 35' al Oeste del Polo: la marea sube en este punto hasta seis piés.

Se puede procurar en Santa Cruz, vaca, cerdo, cabritos, aves, frutas y legumbres, todo de buena calidad y á un precio razonable. Santa Cruz tiene muchas ventajas sobre Madera para las embarcaciones, que al ir hácia la India, tienen precision de comprar provisiones frescas. El vino de Canarias, tal como se les suministra desde el contrato hecho con la Compañía de Indias Inglesas, es de mejor calidad y mas barato que el de Madera.

Como era necesario detenerse dos ó tres dias para embarcar el vino que se compró para el *Lion*, muchos pasajeros de esta embarcacion y del *Hindoustan*, así como algunos oficiales, aprovecharon la ocasion para saltar en tierra y visitar una parte de la isla. La ciudad de Santa Cruz, aunque agradablemente situada, no les ofreció ni tanta poblacion, ni tanta actividad como se vió en Funcal; pero se encontraron allí calles muy largas, muy alineadas, muy limpias, y la estancia les pareció mas sana. El muelle ó escollera que se ha construido en la mar; las medidas que se han tomado para que el desembarque sea cómodo y seguro; el bello paseo que se encuentra formado á todo lo largo del muelle,

(1) Barcos antiguos con que se hacia el comercio con Indias.

y adornado de filas de árboles; la fuente con surtidores en medio de la plaza y adornada de estatuas de mármol; todo se halla bien construido, y anuncia un gobierno celoso é ilustrado.

Las montañas que rodean á Santa Cruz no son ni tan elevadas ni tan próximas á las casas, como las que cubren á Funcal. Nosotros pensamos en esta última ciudad, porque como era la última que vimos antes de llegar á Santa Cruz, era natural que tuviese para nosotros un objeto de comparacion. Encontramos tambien los paseos y los caminos de carruaje de los alrededores de Santa Cruz mucho menos pendientes y mas agradables. Creimos respirar un aire mas ligero y mas puro; se nos figuraba estar en una de las *Islas afortunadas*, y no pudimos menos de sentir que Mr. Wist, por cuyo restablecimiento todos tomamos un gran interés, no hubiera venido á gozar de un clima que nos parecia mucho mejor que el de la isla Madera, donde se habia quedado.

Mr. Hickey subió á las montañas escarpadas que están al norte de la ciudad, con la esperanza de contemplar á su satisfaccion toda la altura del pico. Pero fué en vano, las nubes en que se hallaba envuelto le impidieron el verlo, pues se le ocultaba á sus ojos; las rocas de estas montañas conservan la impresion de los volcanes. Se encuentran allí un gran número de cavernas que pueden servir de abrigo, y á las que las gentes del país se retiran cuando quieren descansar.

Las montañas están cultivadas hasta su cúspide, y se conservan en ellas la tierra con piedras ó murallas que forman diferentes picos. Mr. Hickey encontró á un paisano que llevaba un fusil, y con el que habló un rato en español: este hombre le dijo que las montañas producian trigo, habas y una especie de yerba que servia para alimentar el ganado: allí no quedaba entonces sino rastrojo seco. Sobre las vecinas montañas se veian muchos montones de rocas cuyo aspecto era muy extraordinario, y debajo de las cuales habia un horrible precipicio. Muchas plantas silvestres y odoríferas crecian alrededor. Tambien allí habia algunas cuyo olor era muy fuerte y repugnante. La *higuera de india*, llamada comunmente el peral espinoso, da un buen fruto, pero que no se podia fácilmente coger ni comer. El servicial paisano ayudó á Mr. Hickey á vencer sus dificultades. Tomó un puñado de yerbas con las que envolvió su mano, á fin de que las espinas no le picasen; despues de lo cual cogió el fruto con precaucion y le presentó al inglés que le encontró muy gustoso. Este fruto reúne el perfume de la higuera al gusto de la pera suave de invierno y al melon de aguas.

Hablando con Mr. Hickey el paisano, le refirió como opinion vulgar, que la isla contenia ricas minas de oro; pero que el rey de España habia prohibido se continuara buscandose, por miedo de que los Ingleses seducidos por este aparato, no intentaran hacerse dueños de la isla.

Otros muchos pasajeros tomaron distinto camino que el de Mr. Hickey; y despues de haber andado algunas millas á caballo por el flanco de una gran montaña, llegaron á San Cristóbal de Laguna, capital de la isla. A pesar del nombre que lleva este sitio, allí no hay ni lago ni laguna. El gobernador de la isla reside en Santa Cruz; pero los tribunales de justicia se hallaban en San Cristóbal. Las prisiones de aquella capital no están pobladas sino de jóvenes de la última clase de la sociedad, las cuales estan acusadas de cosas leves.

Los mercados se encuentran cubiertos de uvas rojas, y habia muy pocas blancas. Sin embargo, el vino que se esporta de Tenerife es en general blanco. En aquella isla la estacion de las vendimias es la de los placeres y actividad. El mismo pueblo de la ciudad parece entonces mas animado que de costumbre.

San Cristóbal está situado sobre una eminencia y en medio de una fértil y estensa llanura. No solo hay allí muchas viñas, sino que además se recoge, trigo, maiz, manzanas y una especie de árbol parecido al altramuz.

Las diversas fuentes de San Cristóbal de Laguna y de Santa Cruz, reciben su agua de las mon-

tañas vecinas. De allí se conducen por los acueductos hechos con troncos de árboles huccoc, y sostenidos por postes metidos en tierra.

Al fin de la llanura de San Cristóbal hay una cadena de montañas, á cuyo vértice se sube por un buen camino, y de donde se ven las sinuosidades de un bonito valle que se estiende hácia el Oeste, á lo largo de una segunda fila de montañas que le separan del mar. Tambien se descubre la ciudad de Ticoronté, y un gran número de pequeños pueblos que ofrecen un punto de vista muy divertido y pintoresco. Los huecos de las montañas están bien cultivados, y cada lado del valle y los sitios mas escarpados se hallan cubiertos de diversas plantas de climas templados, las que crecen allí espontáneamente.

Se distinguen, sobre todo, las que los botánicos llaman la *caalia-kleinia*, la *agave-americana* y el *cactus-tuna*, y hay otras muchas que no tienen utilidad ni recreo.

Un poco antes del medio dia, los viajeros ingleses que recorrian las montañas huyeron sorprendidos por la lluvia, que se convirtió en un fuerte chaparron. Se refugiaron en un pueblo donde uno de los habitantes les dijo que casi todos los dias del año, y á la misma hora, caia de aquella suerte una lluvia pasajera.

Al dejar este sitio, los viajeros ganaron un grande y rico valle situado entre un anfiteatro de montañas y el mar. El pico de Tenerife se eleva al lado de estas montañas. A su pié se ha levantado la ciudad de Orotava, y cerca de tres millas de distancia sobre el borde del mar, está el puerto del mismo nombre. Los principales habitantes de la ciudad poseen tierras en las cercanias; pero los del puerto son negociantes; porque allí se hace un gran comercio de vino. Los Ingleses aqui como en Madera son los que hacen casi todo el comercio, y quienes, á cambio del vino que espenden, importan mercancías de Inglaterra.

Cuando se está en Orotava, ordinariamente se escalan las montañas que conducen al pico de Tenerife.

Pero estábamos á fines de octubre, estacion muy poco favorable para semejante empresa. Los habitantes aseguraron á los viajeros que el frio era entonces insoportable en lo alto de las montañas, y efectivamente, se veia la nieve y el granizo caer con tanta violencia, que aquellos que quisieran esponerse corrian el riesgo de quedar sepultados. Todavía los caminos no estaban impracticables. Los viajeros podian disponer de dos dias, antes de ir á Santa Cruz, para reunirse las embarcaciones, y ellos creyeron que si estos dos dias estaban buenos y el aire en calma, podian tratar de aproximarse al pico. Temerosos de no encontrar semejante ocasion, resolvieron aprovecharla. Desde luego pensaron que por limitada que fuese su excursion á las montañas, tendria mas atractivos para ellos que ninguna otra.

El 23 de octubre, al salir el sol, les prometió un hermoso dia. El termómetro de Fahrenheit, puesto del lado de la mar y á la sombra, estaba á 60 grados. El puntiagudo vértice del pico se descubria bajo las nubes; y aunque distante muchas millas, parecia estar suspendido sobre la ciudad de Orotava. Hácia medio dia, los viajeros se pusieron en marcha: atravesaron desde luego un hermoso valle cubierto en gran parte de viñedo, de donde se recogia un vino dulce muy agradable. Bien pronto ganaron una montaña que escalaron á lo largo de un valle mucho mas profundo que el primero y lleno de castaños. En la pendiente de la montaña se veian de trecho en trecho algunas cabañas solitarias, y casi enteramente ocultas por especies de zarzales que llenan la bahía.

Al alejarse del valle de los castaños, los viajeros llegaron á lo último de la montaña llamada el *Monte Verde*, donde encontraron una gran llanura cubierta de creciente brezo con muchos piés de altura, así como mirtos y laureles. Todas estas plantas anunciaban la fecundidad del suelo; pero nada daba allí la menor señal de cultura: allí ni aun habia una sola habitacion.

Al estremo de esta llanura se elevaba una segunda montaña de un aspecto muy diferente del



Monte Verde. Sus huecos eran áridos y escarpados, y el camino que le contorneaba se hallaba próximo á horrendos precipicios.

El poco verdor que allí se notaba, estaba producido por la retama de España, y por la hiniesta, que se estendian sobre la lava, de la que la montaña se hallaba casi toda cubierta. Algo crecian tambien en sitios los menos escarpados. Habia muchas cabras monteses, única especie de animales que parecian vivir entre las montañas.

Los viajeros continuaron andando por un estrecho sendero y bastante escabroso, donde sus vidas iban fiadas á la seguridad de las caballerías que los conducian: llegaron junto á un manantial formado en el hueco de una enorme roca, y á la sombra de un pino solitario. A pesar del peligro real ó aparente del camino, uno de los viajeros mostró tanto valor y constancia, al seguir las órdenes que se le habian dado, y que fué muy diligente en ejecutar, que merece que su nombre no se olvide: se llamaba *Thibaut*; habia nacido en Turin, y era uno de los artistas agregados á la embajada: como su profesion era el hacer instrumentos de matemáticas, y conocia la construccion de los barómetros, se le encargó llevara uno, del cual se queria servir para juzgar, por el descenso del mercurio en un tubo libre de aire, cuanto habria disminuido la altura de la columna de la atmósfera en la parte de este fluido espuesto á su presion, por la elevacion de la montaña bajo el horizonte; lo que debia en su consecuencia determinar la medida exacta de la altura de la montaña. *Thibaut*, ocupado únicamente del instrumento confiado á sus cuidados, llevándole en una mano contra su pecho, y teniendo en la otra la brida flotante de su mula, dejó á este animal subir á la altura que quiso, y sin alterarse del peligro que le amenazaba, no cambió de postura, ni descompuso el barómetro.

En la relacion de la excursion filosófica que ha precedido á la nuestra por las montañas de Tenerife, se refiere que los observadores se habian sucesivamente provisto de dos barómetros que uno y otro se rompieron antes que llegara la ocasion de usarlos. Gracias á la destreza y paciencia de *Thibaut*, nuestros viajeros pudieron asegurarse que por la tarde habian llegado á estar á casi seis mil piés por cima de la ciudad que por la mañana habian dejado. Aunque el tiempo estuvo nebuloso, aquella elevacion les ofreció un magnifico espectáculo, y contemplaron á su vez una vasta estension de tierra y mar. Algunos momentos antes, brillaba el sol aun; pero se encontraba ya detrás del pico, y la sombra de esta montaña, representandola en el Océano, y prolongandose gradualmente, formaba un cuadro no menos grande que extraordinario. Pero la montaña se cargó de nubes repentinamente. Los huecos que existian entre la base del pico y la segunda montaña, sobre la que se encontraban los viajeros, se elevaban con una gran rapidez, y como si se escapasen del fondo de muchos y numerosos calderos hirvientes, vientos impetuosos que se combatian con furor, y parecian querer arrancar todo cuanto habia alrededor de ellos.

Aunque en esta parte de la montaña el camino no fué veloz, la tierra se hallaba cubierta de materias volcánicas, que á la verdad ninguna semejanza tenian con aquella lava esponjosa que se encuentra en la pendiente del Vesubio, y que la vegetacion comenzaba, en muy pocos años, á cubrir de líquen.

Esta segunda montaña estaba llena de escavaciones parecidas á pequeños cráteres y volcanes apagados. Cuando fué un poco tarde, los viajeros tuvieron que seguir con trabajo su sendero.

La llegada al pico empezaba á ser muy molesta: el termómetro habia bajado á 26 grados: los guías y conductores de las caballerías propusieron el detenerse, porque era peligroso, durante la noche, arriesgarse á ir mas lejos. Las promesas y las amenazas fueron empleadas para obligarlos á continuar la marcha: efectivamente, siguieron por espacio de una hora; pero se ca-

minó muy poco. Cuando principió á llover, se aumentó el frio, y el viento llegó á ser muy fuerte. Sin embargo, los viajeros aun se hallaban distantes del sitio donde querian descansar, y que se conoce con el nombre de la *Estancia de los Ingleses*, es decir, el alto de los Ingleses. Lo que les hacia, sobre todo, desear el llegar allí, era el que querian, si era posible, subir al siguiente medio dia á lo último del pico.

Viendo los guías que se aproximaba una tempestad, advirtieron que si los viajeros no se ponian al abrigo de ella, debian necesariamente perecer. Insistieron para que se quedaran en el sitio donde se encontraban, y donde habia una roca cuya proyeccion les resguardaba un poco del viento.

Uno de los de la cuadrilla trató de conducir su mula tan lejos como quiso ir; pero bien pronto vió la imposibilidad en que se encontraba de poder resistir á la tempestad, y se volvió hacia sus compañeros, á fin de arreglar con ellos la manera de poder pasar la noche del mejor modo posible. Ellos habian llevado á Orotava una gran cantidad de provisiones; pero no encontraron el medio de proveerse de una tienda para ponerse á cubierto cuando estuviesen en la montaña. No obstante este inconveniente no les hizo cambiar de resolucion: ellos no tenian al lado de su roca otra manera de descansar que acostándose en tierra, y se hicieron camas con la retama de España, cuyas ramas aun tenian poco cuerpo. Con ningun abrigo contaban para el viento, ni la lluvia que, aunque no era muy fuerte, caia muy seguida. El aire era frio y picante: el termómetro se sostenia á 45 grados. Las ramas de hiniesta que encontraron en este punto desolado, fueron de un gran recurso para hacer fuego: porque aunque estaban verdes, arrian muy fácilmente. Es verdad que el viento que soplabá en remolinos, unas veces llevaba la llama muy lejos del sitio donde estaban acostados los pasajeros, y otras las llevaba á ellos con tanta violencia que casi les quemaba la cara.

Acostados en camas que no tenian mas pabellon que los cielos, podian fácilmente contemplar el augusto y terrible espectáculo que los rodeaba. La luna estaba en su segundo cuarto, y se presentaba estremadamente brillante por intervalos. El zenit era claro: se veia cerca del vértice agudo y prodigiosamente elevado del pico, y cuando la vista, al bajar, recorria los huecos oblicuos de aquella enorme montaña, notaba su base envuelta de oscuras nubes, que los vientos arrastraban con impetu á la profundidad de los valles y que alcanzaba bien pronto al Océano, en el cual las unas permanecian suspendidas, mientras que las otras parecian confundirse en las regiones aéreas.

Al rayar el alba, los viajeros se levantaron; no habian podido conciliar un rato el sueño, y sus vestidos estaban empapados de la lluvia que habia caido durante la noche. El vértice de la montaña, sobre cuya pendiente se hallaban, parecia estar muy próxima; pero el tiempo continuaba tempestuoso, y fuertes golpes de viento les hacia sufrir grandes chaparrones. La cúspide mas elevada que se llama el *Pan de azúcar* se descubria claramente; pero el enorme fragmento de cono que se encontraba inmediatamente por cima, quedaba oculto entre espesas nubes, que sucediéndose sin cesar, girando á su alrededor, bajaban rápidamente entre los huecos de las montañas menos elevadas, y se estrellaban contra ellas repartiendo torrentes de lluvia.

Algunos de los viajeros, de acuerdo con los guías, propusieron el renunciar al proyecto de ir mas lejos. Pero el doctor Gillau, el doctor Scott, M. Barronw, M. Hamilton, y uno de los oficiales del *Hindoustan* tuvieron el valor de insistir en su empresa, y resolvieron subir tan arriba como pudiesen. El resto de la cuadrilla volvia ávidamente los ojos hácia Orotava, excepto, sin embargo, un niño que bien puede ser que no tuviera mas de once años, y no estaba desanimado ni por las fatigas de la jornada precedente, ni la mala noche que acababa de pasar, y se veia con pena obligado á separarse

de los mas atrevidos de sus compañeros, por seguir á la persona encargada de velar por él. Los viajeros que se volvian á Orotava tomaron uno de los dos guías para conducirlos. Al dejar la montaña que les habia parecido tan horrible y tan inhospitalaria, y aproximándose á una region mas baja y mas análoga á su modo de ver y de sentir, espermentaron un cambio total en la temperatura. La diferencia era casi tan grande como si hubiesen sido trasportados de repente á las costas de Groenland en las latitudes del Océano Pacifico; el efecto de la transicion es mas pronto en una direccion vertical, que en una horizontal.

Antes de llegar al puerto de Orotava, los viajeros atravesaron la ciudad del mismo nombre ó la ciudad alta edificada en piedra y bastante bonita, aunque el terreno donde ella está, es muy desigual. Midieron, cerca de ella, un árbol de la especie llamada *Sangre de Dragon*, en comparacion del cual los de Madera, por bellos que fuesen, no podrian ser mirados sino como arbolitos; su tronco medido á diez piés encima del suelo, tenia treinta y seis piés de circunferencia; cinco piés mas arriba, se dividia en doce brazos que se separaban regularmente del centro con una direccion oblicua como las divisiones de una planta umbelífera. Todos tenian igual dimension y llevaban en su extremo solamente algunas hojas espesas, esponjosas y parecidas á las del alce comun, pero un poco mas pequeñas. Hay en la isla una tradicion que dice, «que cuando los Españoles se apoderaron de Tenerife, hace cerca de trescientos años, existia este árbol, y servia de término, como aun hace hoy, á las posesiones que le rodean.»

Los viajeros que continuaron su camino para subir á la cumbre del pico habian guardado con ellos al segundo guia. Este hombre era uno de los descendientes de los Gonanches, de los que no quedaban sino un corto número, y que eran los naturales y los únicos poseedores de la isla, cuando en el siglo XV fué sometida á la España. Conservaba en su persona casi todo lo que caracteriza su antigua raza: tenia los miembros fuertes, y una talla de cerca de seis piés, y aunque tenia mas de sesenta años, marchaba aun derecho y con paso firme. Las arrugas de su rostro estaban muy señaladas: tenia cejas altas y bien arqueadas; los huesos de las mejillas prominentes, nariz aplastada y labios casi tan separados como los negros de la costa de Africa.

Conducidos por este Gonanche, ganaron los viajeros bien pronto lo alto de la montaña, de cuyo centro se elevaba el pico, que por estar muchas veces cubierto de nieve, indujo á los antiguos escritores á darle á la isla el nombre de *Nivaria*. Sobre aquella montaña hay una vasta llanura, que no está como el Monte Verde, cubierta de un verdor perpétuo, pero cargado en muchos puntos de enormes é irregulares masas de lava negra. Las únicas señales de vegetacion que se encuentran en este horrible desierto, son algunas hiniestas solitarias, cuyos débiles brazos y medios marchitos salen de las hendiduras de las rocas. El viento continuaba soplando con violencia, la lluvia aumentaba, y el vértice del pico estaba cubierto de nubes oscuras. Por último, las mulas tenian el trabajo de resistir á los esfuerzos del viento, y los ginetes á sostenerse en las sillas.

(Se continuará).

## CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR  
D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 4.º)

### XVIII.

Después de haber saludado con una gracia llena de respeto á sus dos vecinos, superiores á él en edad y en rango, me abandonaba sus porros, que yo atraillaba con cuidado, dejaba su bruñi-



da escopeta sobre el musgo, y se sentaba en el tercer asiento de piedra que la naturaleza parecía haber tallado para ellos.

Entonces principiaba entre aquellos hombres tan distintos en edad, en talento y en condicion, una conversacion familiar nacida de la vecindad, y negligente como la ociosidad sin objeto; pero luego, elevábase sobre las trivialidades de la conversacion vulgar, para lanzarse á la solemnidad de una conferencia sobre las mas graves cuestiones de la política, la filosofía y la literatura. — Mi padre empleaba en ellas esa franqueza concisa y sóbria que caracterizaban su alma y su talento. — Mr. de Vaudran, sus conocimientos claros é inagotables; y el jóven vicario la modestia y sin embargo el ardor de sus años.

La política era casi siempre el testo de la conversacion: la elevacion de aquel sitio, la soledad de aquellos lugares, la discrecion de las rocas que inspiraban en aquellos tiempos sospechosos, una entera seguridad á los interlocutores, y la confianza absoluta que tenian los unos en los otros, dejaban estenderse sus almas en el curso de sus pensamientos. — Aunque por diversas causas y diferentes razones, los tres eran enemigos del despotismo militar que habia sucedido á la anarquía revolucionaria, y que gravitaba en aquel tiempo, mas en los espíritus que en las instituciones. — Mi padre por un amor caballeresco hacia los reyes de su juventud, por los cuales habia derramado su sangre y espuesto su cabeza: Mr. Vaudran por la amarga pérdida de una posicion elevada, adquirida por su talento, y desvanecida entre el hundimiento general de la Francia; y el abate Dumont por el amor á la libertad cuyos excesos habia deplorado en su primera juventud; indignándose en aquel tiempo de ver, en torno suyo, hasta la respiracion comprimida en el pecho de los hombres.

## XIX.

Los tres amigos estaban perfectamente de acuerdo en hacer la oposicion al gobierno; pero mi padre y Mr. de Vaudran detestaban mas la demagogia sanguinaria de 1793, de la cual se habian salvado milagrosamente. — La triste opcion que pudiera hacerse entre los tiranos populares ó los opresores militares, era casi siempre el tema de su discusion. Cuando se terminaba con tristes disertaciones sobre la monotonía de los pesares y la vanidad de las esperanzas; mi padre, Mr. de Vaudran ó el jóven abate, sacaban un volumen de su bolsillo, y citaban, en apoyo de sus opiniones, la autoridad del autor que estudiaban aquel dia.

Tan pronto era Montesquieu, ese profeta de la esperiencia, que demostraba la procedencia y los efectos de las legislaturas; como J. J. Rousseau, que habia introducido los sueños en la política, y cuyo *contrato social*, que era un oráculo poco tiempo antes, acababa de recibir tantos mentís como quimeras contenia en sus hojas; ora Feneion, cuyo vicio en sus utopías sociales era de no creer en el vicio, ó Platon construyendo repúblicas como nubes suspendidas en el espacio; ó bien Aristóteles, ese Montesquieu de la antigüedad, que buscando mas ejemplos que reglas, anatomizaba las leyes y los gobiernos.

El que se citaba mas á menudo, era un pequeño Tácito en latin, que Mr. de Vaudran llevaba habitualmente en el bolsillo de su levita; y se lo leia á sus dos amigos en francés ó en latin, haciéndoles observar con su elocuencia, el nervio, la exactitud y el fin de las ideas sembradas en la historia, para hacer de cada acontecimiento una leccion.

El dia despues era otro cualquier libro que se habia citado la vispera, y que Mr. de Vaudran habia prometido traer de su biblioteca, hojeándolo de arriba á bajo para buscar el testo discutido. — Filosofía, religion, legislatura, historia, poesia, novela, y hasta los periódicos; todo pasaba y repasaba á su vez, por las controversias de aquella academia á la intemperie; y las discusiones que interrumpian ó precedian la lectura, tomaban naturalmente el tono grave, ligero ó sentimental del libro. — Mr. de Vaudran leia gene-

ralmente los dogmáticos; el abate los periódicos, los libelos y las anécdotas análogas á su edad; y mi padre, poesías que leía admirablemente. — Paréceme escuchar desde aquí, despues del trascurso de cuarenta años, los diversos timbres de aquellas voces, resonando en aquel pequeño y sonoro anfiteatro de rocas, que los reproducian con la vibracion lapidaria de una bóveda subterránea, ó del agua que filtra en una profunda concavidad.

## XX.

Me acuerdo, sobre todo, de una tarde de verano, en que Mr. de Vaudran habia traído casualmente un tomo del Platon en griego, y que leyó traduciéndoselo á sus dos amigos, hasta el momento en que el crepúsculo no le permitió leer la última página del Phedon, mientras brillaban las primeras estrellas en el firmamento, como si desde el cielo hubieran querido asistir á la muerte de Sócrates.

Aquellos tres hombres atentos á la narracion del justo resignado, y enjugando en sus ojos lágrimas de admiracion y entusiasmo, me hacian pensar en los tres sabios de Atenas conversando sobre la naturaleza y su Hacedor, sentados bajo los olivos de Himeta. — Recordé sobre todo aquella escena, cuando mucho despues visitaba la ciudad de Atepas, la colina del Acrópolis, la roca tallada del *Phyx* y las desnudas pendientes del Pentálico, por la semejanza de las pedregosas colinas del Atico con las montañas de mi país, sembradas de piedras bullidoras.

Se concibe qué impresion literaria debian tener para un niño aquellos sitios, lecturas y discusiones. — Aquellos libros, hojeados como os he dicho, y con éntados á la faz del cielo por aquellos tres solitarios con un ardor continuo, hijo de diversos intereses, me pareció que encerraban en sí oráculos misteriosos; que aquellos sabios venian á consultar en el recogimiento del alma y de los sentidos, en las cimas de la montaña. La imagen de un libro y tres sitios de piedra en aquellas alturas, fueron desde entonces los inseparables compañeros de mi espíritu. Las reuniones duraron hasta bien entrado el otoño.

## XXI.

El siguiente año otra casualidad contribuyó aun mas todavía en comunicarme una especie de supersticion juvenil por la literatura, y el que la considerara como una especie de poder sobrenatural, dado á los hombres por Dios, y capaz de reemplazar en ellos hasta la ventura.

Detrás la colina del Mediodia, que separa el pueblecito de mi padre de un valle mas encajonado y pastoral que los otros, se estiende la aldea de Bussiéres agrupada al rededor de su oscuro campanario, formando el confin de aquel paisaje, y bajaba á ella casi todas las tardes, á pié ó á caballo, para pasar una ó dos horas en compañía del jóven y letrado sacerdote que he citado al referiros las reuniones de los tres vecinos.

El estrecho camino que conducia á su presbiterio y que se estrechaba aun mas todavía al acercarse al lugarejo entre huertos y cañamares, apenas dejaban pasar á mi caballo. — A la derecha está circunvalado por un pequeño muro construido con piedras secas, y á la izquierda por otro mas elevado que sirve de cerca á una casa de pobre apariencia, y á un jardín que termina en una viña y en un huerto, asemejándose á un cementerio de aldea; — y cuando me levantaba sobre los estribos, conseguia lanzar una furtiva mirada en quella casa, tan herméticamente cerrada al paso y á la vista del viajero.

Dicha casa, cuyas ventanas estaban igualmente cerradas hacia el lado del sendero, presentaba una pequeña galería cubierta que daba al jardín, y una escalera que desembocaba en ella.

Algunas veces se divisaban sentados al sol ó á la sombra de la galería, un anciano de blanca cabellera, un traje casi sórdido, y dos solteronas de menos edad; pero que tenian prematuramente las apariencias de la vejez, por la negligencia que se notaba en sus vestidos. — Un perro blanco y una

cabra familiar acompañada de dos ó tres cabritos negros, estaban casi siempre acostados en los escalones de la escalera, ó sobre el nuevo parapetado de la galería. — Aquellos escalones no se barriaban nunca, no tenian criados, y las dos hermanas y el solitario que vivia con ellas, hacian las faenas de la casa.

Las calles del jardín que nunca sentian la mielga posarse sobre su superficie, estaban enteramente borradas por las ortigas y las parásitas malvas, dispuestas á ampararse eternamente de la tierra que el hombre no cultiva con cuidado, ni se conocian aquellos senderos mas que por las hileras de boj que nadie se cuidaba de igualar, y que se elevaban á la altura de una vara sobre poco mas ó menos. — Coles y nabos casi sin escardar crecian en los cuatro cuadros del jardín; la viña que se estendia al fin del huerto y que no la podaban hacia ya mucho tiempo, estendia aquí y allá espesos sarmientos que culebreaban por el suelo, como pidiendo amargamente la mano cultivadora del hombre; y la sombra del negruzco campanario que se estendia en aquel recinto poco despues del crepúsculo vespertino, añadia una melancolia algo siniestra en aquella morada.

## XXII.

Era esta la residencia de un viejo del cual me he ocupado en mis escritos, y que se llamaba Mr. de Valmont; las dos hermanas en cuya casa habitaba hacia ya muchos años, sin que se les conociera ninguna clase de parentesco, eran del país, y no poseian mas que aquella casa, el jardín, el huerto y algunos pequeños viñedos en la colina de Bussiéres.

Todo era misterio en la existencia de aquellos seres, y aunque aguijoneaba la curiosidad, nunca se satisfizo. — Nadie entraba ni salia de la casa; y ni un vecino, ni ningun aldeano del pueblo podia decir que habia cambiado con sus moradores ni una palabra, ni un saludo.

Conocia algo mas que de vista á Mr. de Valmont (si bien no me pasaba lo mismo respecto á las dos hermanas) porque lo habia visto en casa de mi tío; cuando dicho señor pasaba un par de semanas en el pueblo, y en esas épocas era cuando lo visitaba, vestido entonces con decencia y hasta con gusto; advirtiéndome, que mi tío era amante de las ciencias y la literatura, y que franqueaba su casa á los hombres distinguidos de la provincia.

(Se continuará.)

## SECCION CIENTÍFICA.

## LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

La goma elástica ó el caoutchouc en 1751 — La industria y la ciencia aplicadas al estudio de esta sustancia. — Notables aplicaciones de la goma elástica. — Recoleccion del caoutchouc en los países que lo producen. — Nuevo procedimiento para obtener la goma líquida. — Volcanizacion del caoutchouc.

La goma elástica, denominada hoy generalmente *caoutchouc*, nos ofrece en sus multiplicadas y distintas aplicaciones, notable ejemplo del poder de la industria actual, que busca apoyo en las ciencias, y que no omite diligencia alguna para estender el dilatado campo de sus aplicaciones. En 1751, *Lacondamine* describió por primera vez, ante la Academia de ciencias de Paris, la goma elástica, y en dicha época su única y esclusiva aplicacion no era otra, que la de borrar los trazos del lápiz sobre el papel: en 1790 se estendió su empleo á otros usos; pero solo desde 1837, y particularmente desde 1844, han surgido, al menos en Europa, las numerosas aplicaciones de la goma elástica ó caoutchouc, dando origen á una fabricacion importantísima, digna de estudio y merecedora de estima por los utilísimos empleos que presta á todos los ramos industriales.

La ciencia por medio de sus combinaciones,



despojó á la goma elástica de sus propiedades naturales, destruyendo grandes inconvenientes que le eran propios, tales como la dureza que le prestaba el frío, y la pastosidad que adquiría por el calor; y desde que obtuvo este resultado y dotó al producto que nos ocupa de nuevas é inestimables propiedades, la actividad industrial vió en la goma elástica el elemento primero de infinitas aplicaciones, que por su constante aumento no han sido, ni son tan admiradas, como ellas solicitan y justamente merecen.

La goma elástica, en manos del hombre civilizado, se ha plegado á todas sus exigencias: la sustancia natural que se contraía y adquiría dureza por el frío, y que el calor dilataba y diluía, se ha vuelto insensible á todos los cambios atmosféricos, y las nuevas propiedades con que le ha dotado la industria, así la mantienen inalterable ante los rigores del frío, como á temperaturas mas que tropicales. Recorriendo toda la escala física que media desde la fragilidad del débil hilo que rompe el aire, hasta la dureza que caracteriza al ébano, al mármol y á los metales, el hombre ha encontrado medios adecuados para prestarle grados tan distintos de elasticidad y rigidez. Así vemos todos, que la goma elástica en forma de hilos y de tejidos, aislada, ó en combinacion con la lana, la seda y otras materias textiles, al propio tiempo que constituye delicados tejidos, cintas y cordones de extrema elasticidad, tambien da existencia á robustos cables, aplicados á tracciones de gran potencia, y á resistentes cintas ó correas que transmiten en los talleres, á sus diversas máquinas, el esfuerzo que desarrolla el vapor. — En forma de láminas, unas veces la encontramos bastante elástica para no mellar las hojas de papel, cuando en no pocas aplicaciones recurre la industria á los instrumentos con que estampa los metales, para sellar en la endurecida superficie del caoutchouc los dibujos con que realiza la belleza de sus productos. — Despues de haber despojado á la goma elástica del mal olor que le es propio, la industria, recurriendo á los óxidos metálicos y á otras varias sustancias, ha encontrado medios para que acepte diversos colores y ha realizado el matiz de estos, dotando á los objetos de caoutchouc, del brillo y del barniz, que prestan á maderas exóticas, su encanto y valor. — En una palabra; la goma elástica por procedimientos sencillos y no variados, se ha transformado en una sustancia que la industria hila, teje, comprime, estira, suelda y moldea segun su voluntad, plegándose siempre dócil á las necesidades y á los caprichos del hombre: nosotros no conocemos materia alguna que este domine con mayor facilidad, y que hoy reciba tan variadas y útiles aplicaciones como el caoutchouc.

Vamos á reseñar con la mayor brevedad, varias de las distintas industrias á que han dado origen las aplicaciones del caoutchouc, y su simple enumeracion probará de una manera patente el genio creador de nuestra época. — Tejidos de goma que constituyen variadas clases de vestidos impermeables, nos sirven para preservarnos de la intemperie; láminas de la misma sustancia, de diferente dureza, segun lo exigen sus aplicaciones, reemplazan á la tapiceria que decora los muebles, á las planchas metálicas, que forran los tuques, al empastado de los libros, al ébano, al bufalo y á la concha con que se confeccionan los peines, á las válvulas metálicas de los diversos sistemas de bombas, y á las cubiertas de teja con que guarecemos nuestras viviendas y almacenes; constituyendo tubos de diferentes diámetros y longitudes, la goma elástica nos ofrece la aplicacion de esos aparatos acústicos que llevan la contestacion de una pregunta al mismo punto de que esta partió, cruzando distancias considerables, sin causar la menor molestia á los apartados interlocutores; la conduccion del agua, del gas y de diferentes ácidos que no atacan á la goma elástica, encuentra en los tubos confeccionados con esta materia, receptáculos de conduccion muy importantes para varias industrias; la ebanisteria, la escultura, la óptica, la medicina, la electricidad y otras artes y ciencias que fuera pro-

lijo enumerar, hallan un material de inestimable precio para sus muebles, instrumentos y aparatos en el caoutchouc, que así presta su flexibilidad, su rigidez, su inalterabilidad y multiplicadas propiedades, lo mismo á la industria de los caminos de hierro para amortiguar los choques que origina la rapidez con que efectúa su locomocion, que á esos hilos, que cruzando el Atlántico, llevan el pensamiento y la luz de uno á otro mundo.

Demostrado el interés que todos debemos sentir por saber el origen de la sustancia que nos ocupa, y el conocimiento de los procedimientos descubiertos por la ciencia y por la industria, para convertirla en los diversos productos en que hoy ambas la trasforman, pasaremos á ocuparnos de su recoleccion, describiendo despues, con la brevedad que exigen estos artículos, los medios que se emplean para elaborar objetos de opuestas propiedades, por medio de operaciones idénticas, solo modificadas parcialmente por la adiccion ó resta de una cantidad de azufre, ó por la mayor ó menor temperatura bajo la cual aquellas se practican; nueva demostracion de los sencillos medios que ha conquistado la industria inteligente de nuestro siglo para dotar á la materia con propiedades diversas y estender, por lo tanto, el número de sus aplicaciones.

La admirable sustancia, de la cual nos ocupamos, la goma elástica, ó sea el caoutchouc, se encuentra en la disolucion lechosa del zumo que se extrae de distintas plantas. *Fresnau* fué el primero que notó que un árbol de la Guyana, el *hevea*, producía un líquido lechoso, cargado de glóbulos, que al concretarse, ofrecían una sustancia blanda flexible, impermeable y en alto grado elástica, que denominó goma elástica, y que hoy se conoce, segun manifestamos al principio de este escrito, bajo el nombre de caoutchouc, cuya etimología india significa, *zumo de los árboles*. El producto á que nos contraemos, y que en tan grande proporción emplea la industria, se obtiene en diversos países, principalmente en los bosques del Brasil, en los de la India y Java, en diversas islas de la Oceanía y en numerosos distritos de América.

La lámina que publicamos, véase la pág. 96, representa la recoleccion del caoutchouc en los bosques del Brasil; para efectuarla, principian los Indios por desnudar de su corteza al árbol que lo produce, practicando despues en el mismo profunda incisiones alrededor del tronco. desde el pié de este, hasta el punto en que arrancan las ramas: las incisiones, de inclinacion oblicua, van sobreponiéndose unas á otras, y la sávia ó zumo que de ellas filtra va goteando por una canal, que lo conduce á varios vasos ó moldes de arcilla, que se llenan sucesivamente de goma; tambien se efectúa la recoleccion de esta en cucuruchos formados por hojas de diversos árboles, afectando entonces la goma al concretarse por la evaporacion lenta del agua que contiene, la figura de los panes de azucar. El aspecto que ofrece el zumo así obtenido, es el que afecta la leche concretada por la ebullicion, viéndose nadar en el mismo el caoutchouc, como la nata en la leche; despues de veinticuatro horas de reposo, los Indios rompen los moldes de arcilla, y obtienen la goma en bruto, esa materia sólida y eminentemente elástica, que en manos de la industria europea y americana ha sufrido tan numerosas y notables modificaciones. Para avalorar la distancia que media entre el indio que obtiene masas informes de goma, y el hombre civilizado que efectúa su completa metamorfosis y artística elaboracion, no hay mas que comparar el producto de los bosques del Brasil, con esos muebles de caprichosas formas y sorprendentes esculturas, que constituye la goma, y que decoran aristocráticos salones.

Actualmente la goma elástica se recibe de los países productores en grandes placas, cuyo peso es de cien á doscientas libras; para darle esta forma, los Indios, como indica la figura de la pág. 96, emplean un pedazo de madera como mango, cuyo extremo untan de goma líquida, la cual, espuesta á un humo muy denso, y en virtud de las vueltas que al pedazo de madera im-

Prime el indio, va espesándose, y ya seca, en grado conveniente, facilita la aplicacion de otra nueva capa de goma, cuyas operaciones repetidas, ofrecen por último resultado, las planchas de caoutchouc, á las cuales nos hemos referido.

Descritas las sencillas operaciones que se emplean para la recoleccion de la goma elástica, por cuyo porvenir temen varios naturalistas, pues que solo se obtiene este precioso producto causando la muerte de los árboles que lo procuran, daremos á conocer el nuevo procedimiento descubierto en los Estados-Unidos, para recoger y transportar á largas distancias el líquido que segregan los árboles, ó sea el caoutchouc, sin que pierda su extrema blancura, ni se altere por la fermentacion. Este procedimiento, del cual somos deudores á Mr. Armstrong, consiste en recoger la goma al salir de los árboles en vasos crisoles de arcilla, la cual, despues de filtrada, se deposita en receptáculos de vidrio ó estain en los que se añade á la goma, amoniaco líquido concentrado, segun la proporción de uno á diez y seis; por este medio logra la ciencia transportar en vasos herméticamente cerrados, una sustancia que se descompone en breves horas, y que sus primitivos poseedores no pueden conservar fluida y blanca sino al pié del árbol.

Pasemos á ocuparnos de las operaciones que se emplean para obtener en sus diferentes estados el caoutchouc, principal descubrimiento que ha originado sus infinitas aplicaciones, puesto que se ha conseguido despojar con él á la goma elástica de sus propiedades físicas, encontrando medios para prestarle todos los grados de elasticidad y rigidez, que exige el empleo al cual quiere destinarse. Por medio de la *volcanizacion*, la industria obtiene el caoutchouc blando y elástico, como material apropiado para la construccion de todos los objetos que tengan que deprimirse ó cambiarse de forma y dimension; prestándole á la par dichos elementos para obtener aquel producto extremadamente rígido, y aplicable, por lo tanto, á la produccion de objetos duros, que no deben deformarse, y que pueden reemplazar á la madera al asta y á los metales. Para lograr resultados tan contrarios, casi increíbles para quien no conozca la fuerza creadora de la industria, las operaciones y los procedimientos que esta emplea son casi iguales, segun ya indicamos anteriormente: aquellos se obtienen únicamente modificando las proporciones del azufre, de ese agente químico que se utiliza para la volcanizacion del caoutchouc; procedimiento que consiste simplemente en incorporar el azufre con la goma, y en la calefaccion de esta mezcla á una alta temperatura, temperatura que, como la dosis del azufre, contribuye á prestarle flexibilidad ó rigidez.

Para obtener el caoutchouc blando, se mezclan de uno á dos kilogramos de azufre en polvo por cada ocho ó diez kilogramos de goma, efectuando esta combinacion á una temperatura de 120 á 130 grados del termómetro centígrado. Si se quiere fabricar el caoutchouc duro, se emplea un kilogramo de azufre, por cada dos de goma, elevándose la temperatura que exige la volcanizacion á 150 y á 160 grados. Este procedimiento, hasta há poco, se habia efectuado en calderas cerradas, lo cual dificultaba en mucho su éxito, puesto que no podia estudiarse de una manera completa, exigiendo por parte del obrero mucho tacto y práctica estremada; hoy no acontece así, por emplearse calderas abiertas para la volcanizacion, nuevo é interesante progreso, que ha venido á facilitar el ejercicio de una industria interesantísima, y cuya descripcion necesita mayor espacio del que podemos disponer, y del que por su índole especial exigen estas *Lecturas*.

Nuestro intento no ha sido otro, que llamar la atencion hácia un producto cuyas numerosas aplicaciones se conocen en España, si bien no se han establecido aun, bajo una gran escala, las industrias que origina, y que en nuestro país podian alcanzar provechoso desarrollo: cumplido este intento, solo nos resta manifestar de nuevo el interés que prestan los estudios científico-industriales, por insignificantes que puedan parecer á quien no inquiere las trasformaciones que acusan todas las sustancias que emplea la in-



lustró, y los diferentes progresos é innovaciones que han surgido para estender sus aplicaciones, y que para el estudio de los que se contraen al caoutchouc, fuera preciso escribir un volumen y no un artículo periodístico.

J. CANALEJAS Y CASAS.

## CRÓNICA ESTRANJERA.

Ya que los asuntos políticos europeos parece se estacionan algun tanto, dirigiremos hoy nuestras miradas á los acontecimientos de la guerra en la India, examinándolos desde algun tiempo atrás, para que nuestros lectores tengan un cuadro completo de los últimos sucesos. Sabido es por otra parte cuántos días tardan en llegar á Europa las noticias de aquellos remotos países, y así no debe extrañarse que las fechas que ofrecemos á nuestros lectores sean algun tanto atrasadas, pues de todos modos las noticias que les demos serán siempre las mas recientes, esto es, las últimamente recibidas.

Después de muy ansiados, al fin la Gran Bretaña envió algunos refuerzos, si bien escasos, al teatro de la guerra. Durante mucho tiempo los sucesos de las armas fueron fatales para los Ingleses y prósperos para los indigenas rebeldes. Había llegado á temerse la completa pérdida de aquellas tan vastas como fértiles comarcas; y si bien la causa inglesa no puede prometerse aun una victoria completa y definitiva, de algun tiempo á esta parte los reveses se han disminuido y las ventajas de la lucha han quedado casi á favor de ambos contendientes, de un modo igualmente provechoso para unos y otros. Si fuese posible valernos de esta espresion, diríamos que la guerra se ha estacionado por ahora en la India, sin llevar trazas de caminar á pronto desenlace.

En efecto, si creemos lo que nos dicen los periódicos de Calcuta del 8 del último diciembre, las columnas inglesas ejecutan en varias direcciones marchas prolongadas en el interior de la India, sin objeto ostensible ni resultado satisfactorio. Las correspondencias de Bombay, del 9 de diciembre, nos dan mas detalles. Según ellas, el temido rebelde Tántia-Topée había entrado al fin en Guzerat, donde se hacian todos los esfuerzos posibles para encontrarle. El brigadier Parke encontró las tropas de aquel caudillo, y se dice que las derrotó en Poddeypore. El brigadier Smith sorprendió últimamente á Maun Sing con unos 2,000 hombres, y los persiguió hasta Rajpore causando 600 muertos. También encontró á los rebeldes, en número de 4,500 combatientes, el general Grant, y los dispersó, tomándoles seis cañones y matándoles 100 hombres.

Entre tanto, se anuncia la sumision del *nawab* de Banda y la de los *talookdars* de Ouda en todas partes donde se presentan las armas británicas. Pero estas son ventajas de escaso valor. El verdadero interés de la guerra está en el aprisionamiento de Tántia-Topée. Aun no pueden asegurar los Ingleses si este Tántia-Topée, tan temido, es el mismo Nana-Saib, que ha dado no poco que hacer á las tropas de la reina Victoria. Se ha dicho por los mismos Ingleses que solo era cierta y real la existencia de uno de estos personajes, del último; pues Tántia-Topée no era otra cosa que el apellido de guerra que se había dado Nana-Saib á sí mismo. Otros niegan esta suposicion y ven en los dos nombres dos caudillos distintos. Si, pues, como hemos dicho, el interés de la guerra está en apoderarse de Tántia-Topée, no se extrañará la decidida persecucion de que es objeto.

A propósito de Tántia-Topée, escriben al *Times* desde Bombay, por la mala ultima: « Los movimientos de Tántia-Topée son objeto general de las conversaciones en Bombay. Tal es el terror que el nombre de este jefe inspira, que el solo rumor fundado ó infundado de su aproximacion basta para que las personas timidas no salgan de las poblaciones, se paralice el tráfico diario en los caminos, y se suspendan las negociaciones mercantiles. La aparicion de Tántia en los confi-

nes de Duccan y Candeish ha interrumpido el comercio de algodón y de granos que se hace entre estos distritos y Bombay, y su última incursion en Guzerat ha causado gran desasosiego en Baroda, Bovach y Surate. »

« Los comerciantes de los puertos han suspendido sus operaciones, añade el corresponsal del *Times*, y el mercado de Bombay languidece por falta de productos. Bajo este punto de vista, la imposibilidad en que están nuestras tropas de apoderarse de Tántia-Topée es un grave mal, puesto que es mejor que saquee cien poblaciones rurales que detener un día el comercio de la Presidencia. » — « La direccion que ha tomado Tántia parece indicar su deseo de retirarse á Rajpoutana, en donde ha sido últimamente perseguido por el general Roberts. »

Al fin ha sido ejecutada la sentencia de destierro impuesta al ex-rey de Delhi, habiéndosele embarcado en el buque inglés *Megara*. El periódico titulado *Calcutta Englishman* añade que será trasportado al cabo de Buena Esperanza. No obstante, *La Presse* anuncia que el lugar destinado para el destierro del ex-rey de Delhi será Rangoun, capital del imperio birmano, de que hablamos mas adelante.

El 24 de diciembre escribian de Bombay que algunos distritos insurreccionados parecia querian someterse al gobierno de la reina, esperando clemencia. Entre tanto los Ingleses continuaban con vigor la obra destructora de los fuertes y el desarme de la poblacion. Los insurrectos obtenian ventajas en otros puntos. Uno de sus jefes, E-mail Khan, había sido vencido. Otro de menor nombradía había sostenido victoriosamente un combate, en Donat, contra los Ingleses. Tales son las últimas noticias de la India.

En la misma India ha ocurrido un hecho singular, que ha puesto en movimiento á la diplomacia inglesa. Según se lee en el *Moniteur de la Flotte*, es sabido que existe al sud del golfo de Bengala un vasto imperio, que los Ingleses anhelaban desmembrar, terminando la guerra contra él en 1855. Este imperio es el birmano, cuya poblacion es de ocho millones de habitantes, sobre un territorio de 2,800 kilómetros de longitud y 900 de latitud. El príncipe que le gobierna es querido de sus vasallos, y cuenta con buenos medios de defensa. La Gran Bretaña ha creído en todos tiempos oportuno el establecimiento de una legacion en aquel punto, y para solicitarle ha enviado varias embajadas al emperador de los birmanes, el que, sin embargo, se ha negado resueltamente á concederle, queriendo permanecer en su país con entera independencia.

JANER.

## REVISTA DE TEATROS.

Pocas son las novedades dramáticas de que tenemos que dar cuenta á nuestros lectores durante la semana que ha trascurrido. En el coliseo del Príncipe han continuado las representaciones de *La Aurora de la fortuna*, del Sr. Ossorio, de que ya hablamos en nuestro número anterior: esta comedia, á falta de novedad en su argumento, ha ido sosteniéndose durante toda la semana, gracias á su excelente ejecucion, sobre todo por parte del Sr. Ossorio, que ha de-empeñado su papel de gracioso, con todo el cariño paternal que puede exigirse á un autor y actor á la vez, y por el señor Valero, que, aunque algo descuidado en los dos primeros actos, ha sabido elevarse á la altura de su merecida reputacion en el acto tercero, el mejor sin duda de la comedia.

En el teatro de la plaza del Rey se ha vuelto á poner en escena el drama de brocha gorda, titulado *El Hijo de la noche*, aunque con una concurrencia á palcos y butacas tan escasa, que la empresa se ha visto obligada á sustituirlo con el drama del Sr. Tamayo, titulado *Angela*, el cual, á falta de otra cosa, tiene al menos sentido comun.

En el coliseo de Novedades se ha representado el drama en cuatro actos y en prosa; original de

D. Manuel Ortiz de Pinedo, titulado *Culpa y castigo*.

Aun cuando el pensamiento que predomina en esta obra es eminentemente moral y filosófico, está presentado con tanta dureza en la forma, y son tan violentos los medios de que se vale el autor para desarrollarle, que tocan, no solo en la inverosimilitud, sino en el estremo contrario; es decir, en la inmoralidad.

Su argumento es en estremo sencillo. Una hija del pueblo, seducida por el amor de un hombre rico, deserta de la casa de sus padres, y váse á vivir con aquel en mancebía, pasando, sin embargo, por su esposa, á los ojos de la sociedad. — Arrepentida un día, va á arrojarla desolada á los piés de su padre; pero este, en vez de acogerla como á una oveja descarriada, la rechaza, autorizándola á que continúe en su vida de perdicion. — Bien es verdad que si el padre la hubiera perdonado, concluía el drama en el acto primero. — Continuemos. — La sociedad, que la había recibido con sonrisa aduladora, se entera al fin de la ilegitimidad de los lazos que la unen á su supuesto esposo, y la rechaza de su seno. Para colmo de desventura, el hombre que tan infamemente la sedujera, la abandona como un miserable; y entonces Maria, que es el nombre de la protagonista, arrepentida y llorosa, espia el perdón de sus culpas y extravíos, haciéndose hermana de la caridad, y obteniendo por este medio el perdón de sus padres.

El argumento, como se ve, es en estremo sencillo, y el objeto que se ha propuesto el autor no puede ser mas moral; pero en el modo de llevarlo á cabo hay tanta irregularidad é inverosimilitud, y algunas de las escenas están delineadas con tintas tan fuertes, que desaparece el interés dramático, sacrificado á los contrastes y golpes de efecto. — Los caracteres están muy poco sostenidos, y el diálogo en general es flojo.

La ejecucion no pasó de mediana. La señora Rodriguez no estuvo tan feliz como otras veces. Apresurémonos, sin embargo, á decir que no fué suya toda la culpa, y si del papel que tenia que representar. El Sr. Calvo no sabia una palabra del suyo. El Sr. Bermonet tampoco estuvo en su centro. Los demás actores no pasaron de medianos, notándose en toda la ejecucion falta de direccion y de ensayos.

El éxito fué lisonjero para el autor, á quien llamó la escasa concurrencia al final de los actos tercero y cuarto.

En el teatro de Jovellanos han continuado las representaciones del *Juramento*, alternando con *La Embajadora*, que han dado muy buenas entradas.

En el teatro de la calle de la Magdalena, se ha puesto en escena la comedia en tres actos del célebre Scribe, *Mathilde ou la Jalousie*, en la que ha sido muy aplaudida Mlle. Rey, encargada del papel de la protagonista.

Por último, en el Régio coliseo se ha cantado la *Somnábula*, habiendo estado admirable como siempre, la Señora Kenneth, sobre todo en el final, donde se ha hecho aplaudir con entusiasmo.

Hé aquí todas las novedades de la anterior semana.

NUMA.

## BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

*Enciclopedia moderna; Diccionario Universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio*, publicada por Francisco de Paula Mellado. 34 tomos en 4.º regular. Madrid, 1851-1855; Mellado (impresor-editor).

Bastante dificultoso se nos hace enunciar un juicio total y distinto acerca de una obra tan vasta y compleja como la que figura en el encabezamiento de este anuncio. Siendo de muy diversa procedencia los artículos de esta obra, referentes á materias distintas, y aun los de una misma; consistiendo los mas en la traduccion de una de las últimas ediciones de la *Enciclopedia*





Recolección del caoutchouc en los bosques del Brasil

moderna francesa, publicada por Didot, hermanos; otros en la versión de artículos del *Diccionario de la Conversación y de la Lectura*, publicado también en el vecino reino, y muchos otros originales de escritores españoles, aunque de suficiente mérito, no bastantes en número para abrazar todos los principales asuntos, objeto necesario de la redacción de una *Enciclopedia*; todo esto, decimos, unido al método alfabético de exposición, seguido por un error sistemático y que se ha imitado por culpable manía de estranjizar, hacen que ni sea uno el tono dominante de la obra, ni haya tampoco unidad de sistema en su redacción, ni entre todas las materias, ni aun dentro del círculo de una misma. Y no es esto todo: aun á falta de las causas indicadas de incoherencia en un trabajo de tal cuantía y trascendencia, siempre existiría una radical, que se revela á la inspección, aunque no sea muy detenida, de los materiales de este trabajo enciclopédico. Tal es la ausencia de un plan dominante y total, que hubiera ligado á condiciones ciertas y determinadas en el desempeño á todos y cada uno de los redactores y traductores, que han concurrido á su confección; pues es fácil observar la diferencia de principios, tendencias y método, con que se presenta en los varios artículos cada materia, y aun partes y subdivisiones de una misma.

No es rigorismo lo que nos hace ser, aunque con brevedad, tan esplicitos, sino justo é inviolable respeto hácia las ventajas, que no debe perder de vista nuestra literatura nacional, representada por cuantos principalmente promueven empresas de tal calibre, y consecuencias, y que tanta significación encierran del valimiento y alcances de la ciencia literaria de un pueblo.

Decimoslo también, porque creemos razonable que la imparcialidad y equitativo promedio, propio de obras generales y de miscelánea, sobre

todo cuando se llaman *Enciclopedias*, rechaza se dé mas extensión á los artículos y materias que, por decirlo así, tienen mas salida, y se omitan, no sabemos por qué, partes muy esenciales como la Biografía, que con tanta razón figura en las obras estranjeras de este género, como son el *Diccionario de Conversación y Lectura*, desde el primitivo alemán hasta las últimas reproducciones en lengua francesa.

Empero tres grandes ventajas, y ventajas que pueden hacer eclipsar las faltas indicadas, deben encomiarse en el trabajo que brevisimamente examinamos. Ante todo, la de que una publicación de esta naturaleza, la primera de su clase llevada á cabo entre nosotros, siempre merece aplausos, dadas las dificultades colosales que ofrece, y los arriesgados esfuerzos que supone su vencimiento. En segundo lugar, la elección de muchos de nuestros mas conocidos y beneméritos literatos y científicos, llamados como especialidades determinadas para desempeñar la redacción de todos ó los mas de los artículos referentes á ciertas de las ciencias y tratados que tienen cabida en la obra, ha dotado á esta de no escaso fondo de riqueza literaria, y dado á conocer artículos mas ó menos estensos de incontrovertible mérito, en que se reúnen y publican datos poco conocidos, opiniones, producto de estudios madurados y profundos, resultados prácticos de muy útil consulta, para los artesanos, industriales, agricultores, artistas, científicos, profesionales, y en general para toda clase de lectores. Por último y tercer lugar, la *Enciclopedia*, aun en medio de la preferencia concedida á unas materias respecto de otras, y hasta por un efecto natural de esto mismo, descubre mas que otra publicación el verdadero estado de los conocimientos nacionales, y puede servir como punto de partida, entre los que mas, para determinar dónde se halla la parte mas débil

de nuestros estudios y artísticos ó profesionales adelantos, y útil precedente á la par, para proceder á ulteriores y mas perfectos trabajos del propio género.

La introducción general por el Sr. Villabril es bastante prolija y curiosa.

Actualmente se da á luz una segunda edición, que está bastante adelantada, y no parece variedad notable respecto de la primera.

FRANCISCO GAYOSO.

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Inglaterre, Ecosse, Irlande; Voyage pittoresque*, par Mr. Louis ENAULT. Un fort. vol. illustré, in-8.º; Moricot, 3, rue Pavée Saint-André.

Hoy nos traslada Mr. Enault á los hermosos territorios de la Gran Bretaña, y nos hace recorrer, cual guía seguro y discreto, todas las poblaciones y parajes notables del Reino-unido. Todo lo que la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda contienen de pintoresco y singular; todo cuanto inspira el carácter enérgico, que ha hecho del pueblo inglés el pueblo mas uno y á la par individual, se despliega ante el lector con estilo agradable y rápido, sin género de aridez y monotona. Escelentes grabados ilustran la obra, representan los principales paisajes y ciudades, modelos debidos al lápiz de Gavarni, con el dibujo correcto y acabado que le distingue, ofrecen á la vista al hombre, cuyas costumbres se refieren, cuyo carácter se estudia. Este libro ha salido á luz en la época del año, en que se renuevan y amplifican las bibliotecas-novelas.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,  
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 81. — *Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 85. — *La Luz del Cementerio*, por Federico Utrera, pág. 87. — *Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 91. — *Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 92. — *Lecturas científico-industriales*, pág. 93. — *Crónica estranjera*, pág. 95. — *Revista de teatros*, pág. 95. — *Bibliografía española*, pág. 95. — *Bibliografía estranjera*, pág. 96.